EDITA:
Asociación 16 de abril
Apartado de Correos 62044 - 28080 Madrid
comunicacion@asociacion16abril.org

La línea ideológica de la revista se expresa exclusivamente en los textos firmados por el "equipo editor de ESFUERZO COMÚN".
La opinión que aparece en los artículos publicados en ESFUERZO COMÚN reflejan la opinión personal de quien los firma y no necesariamente es compartida por la revista.

SUMARIO

3 Editorial

4 Homenaje a Josep Carles Clemente
- In Memoriam

5 - Recuerdo de Josep Carles, *por Doña María Teresa de Borbón-Parma*

7 - Gracias, Josep Carles, *por IZCA*

9 - La historia "maldita" del Carlismo: del Decreto de Unificación de 1937 a las elecciones constituyentes de 1977, *por Javier Cubero*

37 - Bibliografía

41 Educación ambiental: contemplar la familia, contemplar desde la familia, *por Carlos Veci*

48 Una nueva vía a la regeneración democrática, *por Alejandro Jurodovich*

52 Ucrania y Crimea: otro punto de vista más completo del que nos han vendido, *por Luis Saiz*

57 Todos juntos en unión, *por Antonio Riera*

66 Crónica del Día de la Dinastía Legítima

75 Reseña: Por qué es urgente trasmitir la cultura, *por Carlos Veci*

78 In Memoriam
- Juan Luis Aldaya Lizarraga

Editorial

Estimados lectores, seguimos vivos.

Una vez más cumplimos con nuestro compromiso de crear debate, discusiones productivas, así como de ilusionar al Pueblo Carlista, para que puesto en marcha vuelva a proponer soluciones actuales a los problemas del presente.

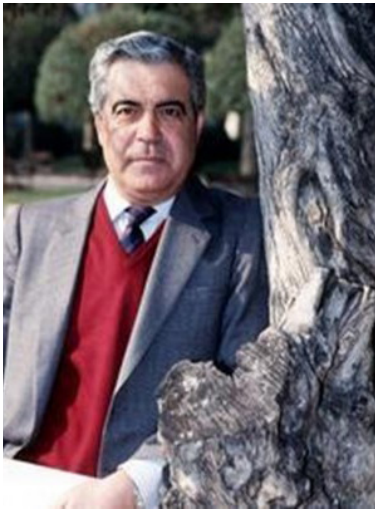
En este nuevo número que tienes en tus manos, realizamos un sencillo pero sentido homenaje a un gran carlista y gran historiador, Josep Carles Clemente. Nadie puede negarle su entrega como investigador y divulgador de la historia del Carlismo. Durante los últimos cuarenta años publicó en grandes editoriales múltiples ensayos divulgativos que facilitaron al gran público el conocimiento de la historia casi bicentenaria de nuestro movimiento. ¿Cuántos de nuestros lectores no habrán comenzado a sentirse carlistas leyendo algún libro de Josep Carles?

Para este homenaje se han aunado voluntades y artículos de amigos, compañeros de militancia política e historiadores. No se debe olvidar la obra historiográfica de Josep Carles Clemente, hacerlo sería participar de algún modo en este intento de amnesia colectiva en que se encuentra España, y los carlistas, como pueblo militante, no podemos ser copartícipes. Es más, debemos dar la batalla de la memoria histórica, para que las nuevas generaciones conozcan nuestra historia y nuestras propuestas, que forman parte del patrimonio común de todos los españoles.

De este número 2 que tienes en tus manos, destacamos igualmente la crónica del Día de la Dinastía Legítima, celebrado en Madrid el pasado 4 de noviembre. Una vez más tuvimos con nosotros a Don Carlos Javier, Duque de Madrid. Dicha jornada fue memorable tanto por el contenido como por la numerosa asistencia. Los actos comenzaron a las 10.00 horas con la celebración de la Eucaristía en la madrileña parroquia de San Sebastián, situada en la calle Atocha, tras la cual el numeroso público asistente se trasladó al Hotel Tryp Atocha, en uno de cuyos salones tuvo lugar el nombramiento de Caballeros y Damas de la Legitimidad Proscripta.

Homenaje a Josep Carles Clemente

In Memoriam



El día 27 de este mes de septiembre falleció en Madrid, a los 83 años, nuestro amigo y compañero Josep Carles Clemente Balaguer, que desde hace muchos años residía en El Espinar (Segovia).

Su incorporación al Carlismo se produjo en los tiempos de la lucha antifranquista. Siendo estudiante militaba ya en la AET de Catalunya. Más tarde desempeñaría altas responsabilidades en la dirección del Partido Carlista, como por ejemplo la jefatura regional del carlismo catalán, colaborando muy activamente tanto con Don Javier como con Don Carlos Hugo.

Aunque en 1980 cerró su etapa de militancia política en el Partido Carlista, su posterior aportación intelectual fue imprescindible para la renovación de los estudios historiográficos del Carlismo.

Como reconocimiento a sus servicios a la Causa, ya en 1973 Don Javier le nombró Caballero de la Orden de la Legitimidad Proscripta. En 2009 Don Carlos Hugo le conferiría la dignidad de Oficial de la Orden.

Era doctor en Historia, licenciado en Filosofía y Letras y también en Ciencias de la Información, materia en la que fue maestro de periodistas. Como tal fue un auténtico trotamundos, al recorrer tanto las Españas como el planeta trabajando de corresponsal de prensa. En 1987 obtuvo el “Oscar de Oro de la Comunicación”. También fue finalista en los premios literarios “Espejo de España” (1989) y “IV Premio Comillas” (1991).

Escribió una ingente cantidad de artículos y libros sobre las más temáticas:

periodismo, sociología, historia del movimiento humanitario, etc., pero destacó sobre todo por sus trabajos sobre la historia del Carlismo, elaborados con extraordinaria dedicación.

Sus libros se cuentan en más de cincuenta, pero hay dos voluminosos ejemplares que es fundamental tenerlos en cuenta para conocer la historia reciente –y no tan reciente- de España: como periodista, *La corte de los prodigios*. *Los cuadernos de la transición democrática*, donde circulan por sus páginas testimonios y crónicas hechas in situ sobre hechos y personajes de la época; y como historiador, H*istoria general del carlismo*.

Descanse en Paz nuestro maestro y correligionario.

Recuerdo de Josep Carles

Un autor italiano dijo "Toda historia significativa es contemporánea".

Es contemporánea precisamente porque es una historia significativa, encontrándose la raíz de su significación en la historia de los hombres, en su caminar por el mundo, en su deseo de saber, de hacer, de comunicar, de vivir, de ser hombres.

Es tarea del historiador escribir la historia. Es tarea del historiador comprometido escribir la historia significativa.

Fue tarea de Josep Carles Clemente, este catalán de pro, con abuela andaluza, nuestro José Carlos, escribir la historia del Carlismo.

Conocí a José Carlos visitando a Pepe Zavala, que por entonces era Secretario General del Partido Carlista. José Carlos lo visitaba a menudo por razones políticas, pero también por otras razones. La secretaria de Pepe, Puri, hija de un militar carlista, era una chica guapa y simpática que se convertiría en su esposa.

José Carlos era joven, siempre fue joven, elegante, irónico y cariñoso, era apasionado. Apasionado por la vida, por la libertad. Por eso se llevaba tan bien con mi Padre, Don Javier. Me contó una vez que estando en Lignières, el Castillo de mi Madre, le pidió a mi Padre, que se levantaba temprano para ir a misa, que le despertara a él también (para trabajar), y reflexionaba, "Jamás Don Javier me dijo: ven tú a misa también, acompáñame", porque era un ser libre, un ser tolerante en la misma medida que su propia fe.

José Carlos era crítico, era fiel. Ser crítico es ser fiel. Le visitó un alto personaje cuando escribió la historia de la Cruz Roja española y le dijo, ¿tú, Carlista?, José Carlos, "libertario", y el otro, "yo creía…", José Carlos, "fiel a Don Carlos Hugo hasta la muerte". El otro, pensativo, "¡qué bonito!".

Era sobre todo un apasionado de la historia del Carlismo. La investigó desde el principio hasta el presente.

Su obra es la mejor referencia para quien quiera conocerlo. Su aportación sobre los sucesos de Montejurra, escrita con otro historiador, es el mejor testimonio acerca de este drama que marcó la transición democrática.

Cuando fui operada, hace más de diez años, en Austria, nos escribíamos. Me preguntaba, le contestaba, salió "*La princesa roja*". Intercambiábamos por carta datos, referencias y muchas bromas. A lo largo de sus más de cincuenta libros José Carlos nos ha legado, nos ha transmitido, la significación de la que el Carlismo es portador, para que no muera, para que a su vez sea fermento del presente.

María Teresa de Borbón-Parma

Gracias, Josep Carles

El pasado día 27 de septiembre falleció en Madrid Josep Carles Clemente, escritor, periodista y notable historiador del Carlismo, pero muy especialmente un amigo excelente y un maestro bueno.

Militante del Partido Carlista en los tiempos difíciles de la lucha antifranquista y del trabajo de la clarificación ideológica, nos ha dejado una treintena de libros dedicados al Carlismo, así como muchos otros volúmenes de entrevistas y reportajes a los personajes más destacados de la vida política, económica, social, cultural y deportiva de nuestro país de los últimos cincuenta años.

Una gran parte de sus 83 años de vida han estado dedicados a la investigación y estudio de nuestro movimiento político, prestando especial atención a las causas económicas y sociales, que tanta importancia tuvieron en el inicio de las guerras carlistas, poniendo el foco no en los personajes ilustres y en los episodios militares más destacados, sino en los combatientes de base, en los hombres y mujeres anónimos que constituyen el Pueblo Carlista, siempre fieles y dispuestos a la lucha y a cualquier sacrificio.

Cómo catalán de nacimiento, dedicó muchas de sus páginas a resaltar la importancia del Carlismo en Cataluña y a lo fundamental que es para la doctrina carlista la configuración federal de las Españas.

Durante muchos años fue el único autor que escribía sobre el Carlismo desde la perspectiva ideológica del Partido Carlista, es decir, desde una postura inequívocamente socialista, federalista y autogestionaria, lo que para algunos ha sido motivo –cínico motivo- para desautorizar su obra. Parece ser que hay quien pretende que los propios carlistas no podamos escribir sobre el Carlismo, que solamente lo puedan hacer aquellos que se declaran abiertamente enemigos nuestros.

Su insobornable fidelidad a la Dinastía Legítima, -la familia Borbón-Parma-, fue un motivo más para criticarle de manera frecuente y reiterativa por quienes quieren hacer del Carlismo un mero objeto de museo o se entretienen en repetir palabras ya gastadas o tópicos que llevan al confusionismo más espantoso. Él siempre respondía, en un primer momento, a estos ataques con el silencio más absoluto y una media sonrisa muy característica suya. Pero en el siguiente libro que editaba, respondía a esas críticas con datos, cifras, fechas y argumentos y citando una abundante bibliografía. Su fidelidad y lealtad no

le impidieron en ningún momento criticar aquello de la Dinastía Legítima que no considerara correcto u oportuno, y de ello soy testigo, de la franqueza y libertad con que daba su siempre su opinión. Cada una de sus obras principales lleva un prólogo de Don Carlos Hugo, de Don Carlos Javier, Don Jaime, Doña María Teresa, Doña Cecilia, Doña María de las Nieves, Doña Margarita o Doña Carolina.

Instalado desde hace años en El Espinar (Segovia), con Puri, su mujer, y sus queridos perros, seguía muy de cerca las actividades del Partido Carlista y de la "Asociación 16 de Abril", de la cual fue uno de sus socios fundadores y con la que colaboró hasta el último momento, escribiendo, apoyando económicamente o poniendo a su disposición su valioso y abundante archivo. Creo que deben de existir pocas bibliotecas particulares de temática carlista tan amplias como la suya. En las primeras visitas que le hice, me dediqué a cotejar los libros que tenía en su biblioteca con los que citaba en la correspondiente bibliografía que incluía en cada libro nuevo que publicaba, y descubrí asombrado, que no solamente estaban todos y cada uno de ellos, sino que la mayoría estaban anotados, subrayados o con pequeños papelitos que señalaban algún dato, fecha o nombre importante. Su archivo, perfectamente catalogado, reúne desde originales de proclamas carlistas de la primera guerra hasta el último, más reciente y sencillo papel de propaganda carlista, boletín, periódico, calendario, papeleta de lotería, convocatoria de un acto público o publicidad de un libro o revista.

Habrá que esperar a que pasen unos años para que vean la luz pública sus memorias, las notas que tomaba frecuentemente sobre sus reuniones, sus conversaciones telefónicas o su correspondencia. Recuerdo cuando me contaba sus encuentros en París con Don Javier, la organización de las protestas ante la visita de Juan Carlos de Borbón a Barcelona, sus visitas a Raimon, los contactos con los militares de la UMD, con Don Manuel Fal-Conde, con Don Manuel Hedilla, con Cruyff – fue el primer periodista español que le entrevistó- o con el Dalai Lama, entre otros muchos cientos de personajes que conoció. Tenía también pasión por el futbol, siendo un forofo culé. Mantenía igualmente intacta su pasión por coleccionar sellos, monedas y pipas, pero muy especialmente, por todo objeto que tuviese relación con el Carlismo. Muchos domingos le he acompañado al Rastro o a la Cuesta de Moyano de Madrid, y siempre esperaba encontrar algo carlista.

Ahora que ya no estás entre nosotros Josep Carles, vaya desde aquí mi recuerdo, homenaje y agradecimiento por todo tu trabajo y por haber podido disfrutar de tu generosa y cálida amistad. Siempre que le visitaba en su casa me regalaba algún recuerdo, y si he ido acompañado de alguien, también le regalaba siem-

pre alguna de sus obras.

Que desde allí arriba nos sigas acompañando compañero.

IZCA.

La historia "maldita" del Carlismo: del Decreto de Unificación de 1937 a las elecciones constituyentes de 1977

(En recuerdo y homenaje a Josep Carles)

Introducción

Cuando el 23 de marzo de 2010 abrió sus puertas en Estella-Lizarra el largamente esperado Museo del Carlismo, muchos medios de comunicación recogieron y celebraron la noticia, sin embargo el diario *Gara* señaló con razón que resultaba significativo que habiendo estado presente en el acto inaugural Don Carlos Hugo de Borbón Parma desde el Gobierno navarro, gestionado entonces por UPN, no se le hubiera concedido la palabra. Ante los periodistas que inevitablemente se le acercaron Don Carlos Hugo manifestaría su disconformidad con el resultado final. Este Museo fue posible gracias a una generosa cesión, que no donación, de patrimonio histórico del Partido Carlista, que también expresaría rápidamente su decepción, recordando que el Gobierno navarro inicialmente no tuvo ningún interés en el proyecto hasta que supo que el Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca lo quería realizar.

Las razones de este descontento se debían al acotamiento ideológico y temporal de la compleja historia del bicentenario partido. Con desprecio de muchos de los avances que en la ciencia histórica se han desarrollado en relación a esta materia durante los últimos 40 años, la exposición permanente reproducía la caricatura reaccionaria del Carlismo dentro de un esquema unilineal y binario de la Historia Contemporánea de España. En todo momento era obviada la dimensión sociológica y antropológica del Carlismo como movimiento de «rebeldía primitiva», sin entrar en el marco estructural de su génesis insurreccional,

ni en la conflictividad socio-económica causada por la irrupción del nuevo orden capitalista ni en las tensiones etno-territoriales generadas por la construcción del Estado-Nación centralista.

Este planteamiento era más que previsible desde la celebración de las desafortunadas I Jornadas de Estudio del Carlismo en 2007. Aquellas Jornadas, organizadas por el Gobierno navarro, fueron inauguradas con una conferencia de Jordi Canal, que no dudó en descalificar la obra del profesor Josep Fontana como «nacional-comunista», como denunciaría la revista *El Federal* del Partido Carlista («La Historia al servicio de la clase política», nº 31, diciembre de 2007, p. 7). La obsesión de Canal de diluir al Carlismo en una especie de «genealogía contrarrevolucionaria», mezclando los legitimismos del siglo XIX con los fascismos del siglo XX, se plasmaría en la exposición permanente.

Esta exposición había sido diseñada en función de un *Guión de Orientación* redactado por Stanley Payne, historiador no especializado en temática carlista ni mucho menos. Sin embargo lo más llamativo y escandaloso fue el hecho no solamente de que concluyese en 1939 con el fin de la Guerra Civil española, sino de que ignorase el relevo dinástico producido en 1936 con Don Javier de Borbón Parma así como la temprana oposición carlista a la política gubernamental del general Francisco Franco.

De esta manera una voluntad obsesiva de negar en lo referente al siglo XIX «el carlismo popular, con su fondo socialista y federal y hasta anárquico» del que ya hablaba Miguel de Unamuno en 1898, venía acompañada de la pretensión falsaria de enterrar al Carlismo en el «18 de julio». Nada más lejos de la realidad histórica. Sin embargo esta manipulación no constituye ninguna novedad, ya que fue promovida durante los cuarenta años del franquismo por la propaganda del régimen en beneficio no solamente del dictador sino también de Don Juan de Borbón como supuesto único heredero de las dos ramas dinásticas que confrontaron en el siglo XIX. Y durante los siguientes cuarenta años diversos autores han persistido en este criterio absurdo con el único fin de exaltar la figura de Don Juan Carlos de Borbón, hijo de Don Juan y heredero de Franco, como «el Rey de todos los españoles». De la misma manera que existe una continuidad directa entre los actuales ocupantes de La Zarzuela y los anteriores de El Pardo, existe una continuidad no menos directa entre los discursos oficiales de ayer y de hoy en lo referente a la Historia del Carlismo. Pero más allá de los relatos hegemónicos difundidos a través del Museo del Carlismo, del sistema educativo o de los medios de comunicación, la realidad histórica es la que es, aunque a veces se haga todo lo posible para ocultarla.

La primera obra historiográfica sobre la lucha antifranquista del Carlismo, la *Historia del carlismo contemporáneo (1935-1972)* de Josep Carles Clemente Balaguer, sería incluso retenida durante tres años por la censura gubernamental, no pudiendo ser publicada hasta 1977. Y aunque en el actual régimen político ya no se prohíban libros sobre la historia reciente del Carlismo, no obstante a veces existen otras formas más sutiles de censura. Por ejemplo según señalaba *El Federal* («Avatares de una exposición sobre Carlisme», nº 28, noviembre de 2006, p. 12) en relación a la exposición *El Carlisme. Llums sobre un passat amagat*. Cuando ante más de doscientas personas se celebró el acto oficial de su inauguración en el salón de exposiciones de Caixa Tarragona, el 15 de septiembre de 2006, el comisario y los subcomisarios de la muestra descubrieron que una parte del material había sido retirado: un retrato de Don Carlos Hugo, unas listas de carlistas represaliados durante la década de 1940, etc. Rafael Jené i Villagrasa, director general de Caixa Tarragona, espetaría que no le gustaban y que por eso habían desaparecido. Igualmente el catálogo de la exposición tardó más de quince días en ponerse a la venta, y cuando se hizo había sufrido censura. En el año 2016 incluso sería vetada la organización en el recinto del Museo del Carlismo de una conferencia de Joaquín Cubero Sánchez con motivo del 40º aniversario de Montejurra 76.

La continuidad organizativa y dinástica del carlismo como partido político de carácter legitimista se mantuvo a pesar de la ilegalización que implicó el Decreto de Unificación de 1937. De hecho se prolongaría de manera ininterrumpida durante las siguientes décadas, evidentemente con cambios internos de importancia como la recuperación de la denominación original de la organización política en 1971, hasta llegar a las elecciones constituyentes de 1977, en las cuales el Partido Carlista no pudo participar ya que el Gobierno de Adolfo Suárez bloqueó su legalización.

Algunos antiguos dirigentes caídos en desgracia en cambio sí aceptaron la Unificación, o en sucesivas deserciones que no cesaron durante cuarenta años acabaron reconociendo a Don Juan o a su hijo. Pero la realidad es que el pueblo carlista que todos los años se concentraba masivamente en Montejurra despreció como traidores a estos tránsfugas. Sus tradicionales postulados legitimistas, sociales y forales eran totalmente incompatibles con el totalitarismo fascista de reciente importación como con la mil veces maldita dinastía «usurpadora».

La resistencia (1937-1957)

Los mismos autores que contra toda evidencia histórica afirman que la Comunión Tradicionalista se integró dentro de FET de las JONS, también han planteado una disolución paralela como consecuencia de la extinción de la rama original de la Dinastía carlista. Para ellos el Carlismo sería una fractura estrictamente dinástica, sin ningún componente foral ni social, felizmente superada con motivo del fallecimiento de Don Alfonso Carlos de Borbón el 29 de septiembre de 1936. Su prototipo paradigmático de supuesto carlista es Tomás Domínguez Arévalo, VII Conde de Rodezno, ministro de Justicia entre 1938 y 1939, vicepresidente de la Diputación de Navarra entre 1940 y 1949, y miembro del Consejo Privado de Don Juan desde su constitución en 1946. Sin embargo la actuación del Conde de Rodezno así como de otras «personalidades tradicionalistas» diluyéndose en el magma del francojuanismo de boina roja y camisa azul, no puede ser considerada en ningún momento representativa de las bases populares del Carlismo si se estudia la Historia con unos mínimos de rigor científico.

Lo cierto es que en los años anteriores a la Guerra Civil se produjo un tempestuoso debate interno en relación a la sucesión de la Dinastía carlista. Por entonces algunos notables como el Conde de Rodezno, presidente de la Junta Suprema de la Comunión Tradicionalista, propugnaron lo que después sería denominado como «el noble final de la escisión dinástica» con el reconocimiento de Don Juan como heredero de Don Alfonso Carlos. Su fin político sería una fusión con la alfonsina Renovación Española para constituir un único partido católico-monárquico español de doctrina maurrasiana. Pero este proyecto encontraría una gran oposición en amplios sectores del Carlismo, por lo que en 1934 el Conde de Rodezno sería sustituido al frente de la dirección política de la Comunión Tradicionalista por Manuel Fal Conde, que sería nombrado Jefe Delegado al año siguiente. Además Don Alfonso Carlos, por Real Decreto a 23 de enero de 1936, instituiría una Regencia en la persona de Don Javier, sin privación «de su derecho eventual a la Corona», con el fin de dirigir el partido después de su defunción y de resolver la problemática sucesoria.
Por este motivo el 1 de octubre Don Javier sería investido como Príncipe Regente de la España tradicional, el mismo día en que Franco, en un nuevo golpe de Estado, era proclamado unilateralmente como Jefe del Gobierno por una Junta de Generales. Pronto empezarían los choques entre la Comunión Tradicionalista y el nuevo Gobierno, olvidándose los acuerdos conspirativos previos al 18 de julio. Franco no estaba dispuesto a permitir ningún poder diferente al suyo, por lo que trataría de arrinconar al Carlismo con la prohibi-

ción de la Academia de Oficiales de Requetés, para evitar que el Requeté se constituyera como un Ejército paralelo al regular; el Decreto de Militarización de las milicias, con el fin de someter a los requetés al mando militar regular; el destierro de Fal Conde en Portugal bajo amenaza de consejo de guerra, acusado de golpismo por su proyecto de Academia; y finalmente el Decreto de Unificación del 19 de abril de 1937, por el cual los bienes, locales y periódicos de la Comunión Tradicionalista eran expropiados en favor del nuevo y artificial partido único de FET de las JONS.

La respuesta de Carlismo a través de sus máximas autoridades, Don Javier y Fal Conde, sería contundente, rechazando la Unificación con Falange como una farsa impuesta desde arriba y declarando expulsados de la Comunión Tradicionalista a todos aquellos carlistas que aceptasen cargos en el partido fascista, como fue el caso del Conde de Rodezno.

Poco después del famoso y terrible bombardeo de Guernica, efectuado el 26 de abril, Don Javier visitaría la célebre Casa de Juntas el 19 de mayo para jurar los Fueros vascos. El Santo Árbol se conservaba únicamente porque fue protegido por un cinturón de requetés para impedir su tala por los falangistas. No mucho más tarde, el 23 de junio, el Gobierno de Franco aprobaría el Decreto de supresión de los Conciertos Económicos de Vizcaya y Guipúzcoa.

Don Javier entraría nuevamente en territorio español en noviembre entrevistándose con Serrano Suñer, al que manifestó que era contrario a que en España se aplicasen los métodos de la Gestapo alemana, y con Franco, al cual le expresó su oposición a la implantación del fascismo, pues tal régimen era incompatible con los ideales por los que luchaban los voluntarios del Requeté. Este viaje terminaría rápidamente con su expulsión por orden gubernamental e inspiración alemana.

Mientras tanto el mismo régimen que despreciaba al Carlismo como organización política, en cambio usurpaba y distorsionaba gran parte de su simbología. Por ejemplo la *Marcha de Oriamendi*, el himno más emblemático del Carlismo, fue incluida en el cancionero institucional de la dictadura, pero falseando la letra de Ignacio Baleztena. Los dos últimos versos de la tercera estrofa, «Venga el rey de España/A la corte de Madrid» fueron sustituidos por «Que los boinas rojas/Entren en Madrid». Esta pequeña tergiversación no fue más que una muestra más de la manipulación franquista. Una vez que tras la contienda bélica los requetés desfilaron por primera vez en Madrid, en el guión oficial no les correspondería ningún otro papel que su desaparición

como fuerza política, pues supuestamente ya habrían cumplido con su misión tras un siglo de lucha y la extinción de su Dinastía.

Pero la realidad es que en 1939 los carlistas vivieron la victoria militar como una derrota política, aunque no por ello se desmovilizaron. La realidad es que en conflicto con la legalidad establecida se reorganizaron alrededor de la bandera dinástica de la «Legitimidad Proscripta», como siempre lo hicieron después de cada guerra, pues no eran monárquicos en vano. La realidad es que para ellos, entre otras muchas cosas, todavía era una tarea pendiente lograr que «Venga el rey de España/A la corte de Madrid». Así durante la posguerra la Comunión Tradicionalista, siguiendo las directrices tanto de Don Javier como de Fal Conde, se va reorganizar lentamente en la clandestinidad. Por ello sus militantes sufrirían multas, persecuciones, encarcelaciones, deportaciones y exilios.

El 25 de julio de 1941 Don Javier publicaría un Manifiesto formulando una Regencia «legitimista, tradicional y nacional» como alternativa al totalitarismo falangista pero también a las maniobras para una restauración monárquica en la persona de Don Juan. Esta Regencia tendría como misión en primer lugar, «llevar a cabo la reconstrucción política y social de España», devolviendo «a la sociedad sus derechos naturales; a los interesados en cada profesión, el gobierno de sus actividades; a la vida local, sus recursos; a las regiones, sus fueros y régimen propio»; una vez reestructurada la sociedad civil a través de las entidades infrasoberanas y de los cuerpos intermedios, preparar y convocar unas «Cortes verdaderamente representativas»; y por último, «la designación del Príncipe de mejor derecho que deba ocupar el Trono». En relación a los proyectos juanistas advertía también: «Que actualmente hay en España un problema de instauración y determinación dinástica, es innegable. El automatismo en la sucesión, con el que se quiere eludir el examen del mismo, más bien habla de derechos patrimoniales que de la transmisión de un sagrado depósito de obligaciones, en el que directamente o marcando sus leyes y jurando a los sucesores, siempre intervino la verdadera representación nacional».

El concepto carlista de «Monarquía Tradicional» más allá de la jefatura del Estado y de su regulación sucesoria implicaba toda una concepción corporativista de las relaciones sociales. La familia como célula básica, y no el individuo aislado como propugnaba el liberalismo, desde la cual ir construyendo de abajo a arriba el orden social y político, y no a la inversa como planteaba el fascismo. Este sistema sería de carácter federativo y societario, restableciéndose los antiguos reinos y gremios, cuyos representantes conformarían unas Cortes sin partidos políticos de ningún tipo.

Ante el desarrollo de la II Guerra Mundial, la Comunión Tradicionalista sería contraria a todo tipo de colaboración del Estado español con el nazismo alemán. Esta posición se concretó en la prohibición de que los carlistas se alistasen en la llamada «División Azul», que como represalia conllevó el destierro de Fal Conde a la isla de Menorca; la apertura clandestina de un centro de reclutamiento de requetés para formar unidades que combatieran con los Aliados frente a la amenaza del Eje, cuyos responsables fueron descubiertos y condenados a largas penas de prisión; y la realización de actividades de espionaje y puesta en marcha de una organización clandestina carlista denominada «Operación Azor» con la intención de organizar una guerra de guerrillas que hostilizase a los ejércitos alemanes en el caso de que entrasen en territorio español. El propio Don Javier, exiliado en Francia, participaría activamente en la Resistencia antifascista, teniendo la dirección de la misma en la región de Allier y comandando personalmente un maquis de ciento veinte hombres. Por esta razón sería detenido por la Gestapo e internado en el campo de concentración de Dachau.

En un contexto de cada vez mayor confrontación entre carlistas aliadófilos y falangistas germanófilos, se produciría un hecho de «terrorismo de estado», en la medida en que la represión no era ejercida formalmente por el Estado sino por miembros supuestamente «descontrolados» de su aparato político. Concretamente el 16 de agosto de 1942, en Bilbao, a la salida de un acto religioso en la Basílica de Begoña un comando falangista arrojaría dos bombas hiriendo a ciento diecisiete carlistas, de los cuales tres fallecerían como consecuencia de las heridas recibidas.

En 1945, Don Javier tras ser liberado por los Aliados del cautiverio nazi, dirigiría un *Manifiesto a los españoles* afirmando que «Los pueblos necesitan implantar sistemas que conjuguen la autoridad en el Poder con los fueros sagrados de la personalidad humana. España no puede sustraerse a esta necesidad de revisión. Necesita cancelar este régimen que compromete su porvenir (…) Que una cosa fue la guerra y otra muy distinta el régimen impuesto», considerando que «el debido orden político» es aquel «que establece que los primeros derechos (…) son los de la Sociedad, y que estos derechos no deben ser otorgados, sino reconocidos», y afirmando claramente que el Carlismo, «apartado desde su iniciación del régimen que impera en España, señaló a tiempo sus errores. Sus hombres han padecido persecuciones por mantener en alto su bandera, pero han logrado conservar viva y eficiente la organización».

Con el fin de festejar la liberación de Don Javier, la Comunión Tradicionalista organizaría varios actos el 3 de diciembre en Pamplona. Pero los actos serían interrumpidos por una carga de la Policía Armada, originándose una serie de enfrentamientos y tiroteos cuyo resultado serían unos nueve policías y tres carlistas heridos, seis (cuatro policías y dos carlistas) de ellos por arma de fuego. Posteriormente serían encarcelados unos ciento tres carlistas. Como consecuencia de la permanente política represiva del régimen gran parte de la actividad carlista se canalizaría a través de asociaciones como el Muthiko Alaiak de Pamplona o el Casal Familiar Recreatiu de Manresa.

En la reelaboración de la ideología carlista destacará la obra *El tradicionalismo político español y la ciencia hispana* de Marcial Solana, escrita en 1938 pero cuya publicación no fue permitida por las autoridades franquistas hasta 1951. En este libro se daba especial importancia al municipalismo como espacio de participación vecinal. Así Solana insistía en que el Estado debía respetar «el sentido democrático de los antiguos concejos abiertos», revitalizando «las asambleas municipales», y cuando «las condiciones de la población lo impidan, sustituirlos con el referéndum».

El 26 de junio de 1950 Don Javier jurará nuevamente los Fueros vascos en Gernika, haciendo extensivo este juramento al resto de «los diversos países» españoles. También realizará juras específicas de los fueros del Principado de Cataluña en Montserrat (1951) y del Reino de Mallorca en Palma (1952). Finalmente el 31 de mayo de 1952 en una reunión del Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista, celebrada en Barcelona, Don Javier realizó lo que los carlistas le llevaban años exigiendo: la aceptación de los derechos y deberes de la «realeza legítima».

Por diferentes razones, durante este periodo de posguerra, de la Comunión Tradicionalista se van separar dos sectores originando nuevas organizaciones políticas que también van reivindicar la continuidad del Carlismo. En 1943 va constituirse una «Comunión Católico-Monárquica», que proclamará al archiduque Carlos Pío de Habsburgo-Borbón, hijo de la infanta Doña Blanca y nieto de Carlos VII, como Rey legítimo con el nombre de Carlos VIII. Pero una vez fallecido el archiduque en 1953 el «carloctavismo» entraría en declive, reconociendo muchos de sus partidarios a la Familia Borbón Parma como la continuadora de la Dinastía carlista. En 1949 desavenencias políticas entre Fal Conde y Mauricio de Sivatte, jefe regional carlista de Cataluña, motivaron la destitución del segundo así como la escisión de la junta regional. Si bien el «sivattismo» también funcionaría como un partido diferenciado la ruptura no

fue total hasta 1958, con la proclamación de la «Regencia Nacional y Carlista de Estella» (RENACE). Sin embargo esta disidencia también acabaría languideciendo ya que en 1964 la mayor parte de sus seguidores, liderados por Carles Feliu de Travy, decidieran reingresar en la Comunión Tradicionalista después de varias entrevistas con Don Carlos Hugo, primogénito y heredero de Don Javier.

El Carlismo en 1957: entre Montejurra y Estoril

La primera aparición en la vida pública española de Don Carlos Hugo, para desesperación del francojuanismo, consistió en su presentación como Príncipe de Asturias en la cima de Montejurra el 5 de mayo de 1957. Aquel acto marcaría un antes y un después en esta etapa de la Historia del Carlismo, en la medida en que representaba la llegada de una nueva generación de militantes carlistas, pero también la reactivación de la generación anterior que se encontraba aletargada y desencantada.

Montejurra es una montaña que se alza después de la llanura de la Ribera navarra, protegiendo Estella-Lizarra por el sur. Durante la Tercera Guerra Carlista adquirió relevancia histórica pues el Ejército liberal trató de conquistarla, ya que Carlos VII había fijado la sede de su Gobierno en Estella-Lizarra. Así se produjo en Montejurra una batalla entre los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1873 que finalizaría con la victoria carlista. Este hecho bélico motivó que la montaña fuese mitificada en el imaginario carlista como un símbolo representativo de sus valores. Por eso durante la Guerra Civil de 1936-1939 se constituiría un Tercio de requetés de Montejurra.

Una vez terminada la última contienda se iniciarían las concentraciones anuales de Montejurra, celebradas de manera ininterrumpida, desde entonces hasta el presente, el primer domingo de cada mes de mayo. Su génesis consistiría en la instalación de un Via Crucis en recuerdo de los requetés fallecidos durante el conflicto bélico. Este primer acto fue realizado el 3 de mayo de 1939, por iniciativa de Asunción Arraiza Jaurrieta, y contó con la presencia de Isabel de Borbón Parma, hermana de Don Javier.

En un comienzo la actividad desarrollada en «los Montejurra» no consistía más que en una estricta peregrinación religiosa de dimensión exclusivamente

local en memoria de los requetés. Pero todo empezaría a cambiar en 1954 con la sustitución de las primitivas cruces de madera por las actuales cruces de piedra. Aquel año la ascensión al monte sería acompañada de un mitin en la cumbre a cargo de José Ángel Zubiaur. Y con la irrupción de Don Carlos Hugo tres años después, los actos se revistieron de una nueva significación dinástico-política sin perder su aspecto religioso-conmemorativo. Montejurra se convertía así en un escenario para la reivindicación de la Monarquía carlista como un proyecto válido de futuro para el conjunto de la sociedad española. En su discurso Don Carlos Hugo proclamaría que «España necesita que se actualice la Tradición (…) El municipio y la región deben alcanzar, con espíritu foral renovado, su personalidad. Los sindicatos y las entidades profesionales alcanzarán con vigor social su independencia del poder político. Únicamente nuestra Monarquía Tradicional puede reinstaurar estas instituciones y salvaguardar su libertad y autonomía».

La reacción francojuanista no tardaría en producirse. El 20 de diciembre fue celebrado el Acto de Estoril, una farsa teatral durante la cual unas cuarenta y cuatro supuestas personalidades que se arrogaban la representación de la Comunión Tradicionalista reconocieron como Rey a Don Juan. La operación, encabezada por personajes que en algunos casos estaban expulsados desde 1937 como es el caso de los hermanos Oriol Urquijo, fue un completo desastre pues el pueblo carlista repudió a los «estorilos». Desde la Comunión Tradicionalista en un documento titulado *La verdad sobre los hechos de Estoril* señalarían que «no se trata de una mera cuestión dinástica» sino de que «dos distintas concepciones monárquicas están planteadas ante el porvenir (…) la monárquica tradicionalista, popular y social que defiende el carlismo (….) y la monárquica liberal, capitalista y reaccionaria, que sostiene el juanismo».
Ante la evidencia del fracaso, el ministro franquista de Gobernación, Camilo Alonso Vega, intentó sabotear los actos de Montejurra de 1958. Se difundieron rumores sobre posibles enfrentamientos entre legitimistas y «estorilos» con derramamiento de sangre. Además fue prohibida la asistencia desde otras provincias. La Guardia Civil instaló múltiples controles en las carreteras con el fin de bloquear la entrada en Navarra de los carlistas. También se desplegaron patrullas alrededor del monte para detener a Don Carlos Hugo. Todo con el objetivo de facilitar la labor a unos pocos «estorilos» que se presentaron en Montejurra con la intención de arengar a las masas, pero que fueron expulsados sin complicación alguna. Finalmente Don Carlos Hugo pudo pronunciar un discurso especialmente novedoso por su contenido europeísta, que concluyó rotundamente con la afirmación de que «No habrá democracia sin nuestra Monarquía Tradicional».

Durante la década siguiente Montejurra se consolidaría como un encuentro multitudinario, en el cual llegaron a participar más de 40.000 personas, constituyendo la mayor concentración de masas realizada al margen del Estado y de la Iglesia. Por ello la prensa franquista trataría de presentar Montejurra como una «romería» folclórista y localista, con olvido de la alternativa que implicaba respecto a los planes sucesorios del régimen en la persona de Don Juan Carlos. De hecho en 1964, con motivo de la boda de Don Carlos Hugo y la princesa Doña Irene de los Países bajos, el Gobierno prohibiría al nuevo matrimonio la asistencia a Montejurra, amenazando con vetar para siempre su estancia en territorio español.

Pero más allá de las disputas genealógicas entre diferentes ramas de la Casa de Borbón ¿cuál era la realidad social y política de ese pueblo carlista que aclamaba a Don Carlos Hugo en Montejurra mientras rechazaba a los notables que habían visitado a Don Juan en Estoril?

Tal vez un informe interno del Partido Comunista de España (PCE), elaborado por José María Laso Prieto en diciembre de 1957, bajo el título de *Estudio de las fuerzas políticas que actúan en Euzkadi y su respectiva potencialidad*, nos pueda proporcionar algunas pistas sobre el cambio que se estaba produciendo en el interior del Carlismo.

«El Tradicionalismo, que constituía una fuerza política importante a fines del siglo pasado ha experimentado desde entonces una pérdida constante de sus efectivos. En el campo, y entre la pequeña y media burguesía, los partidos nacionalistas le han arrebatado una gran parte de su clientela política. En las zonas industriales, han sido las organizaciones obreras las que han atraído, por la propia dinámica de la lucha al sector proletario que durante algún tiempo estuvo sometido a la influencia tradicionalista. Este fenómeno se ha incrementado, sobre todo a partir del final de la guerra, a medida que gran número de carlistas sentían en su propia carne los resultados prácticos obtenidos a consecuencia de su participación en la rebelión franquista. Por otra parte, el hecho de que, después de haber tenido una participación muy activa en el Movimiento, al lograr la victoria no se les concediese satisfacción a sus aspiraciones políticas, siendo en realidad totalmente desplazados por Falange, ha originado en muchos tradicionalistas una decepción que ha servido de base para su evolución a otras posiciones políticas.

Aún así, siguen contando con cierta fuerza en pueblos tradicionalmente carlistas como Tolosa, Ondarroa, Azcoitia, Elorrio, Mondragón, Durango (…) No

deja de ser significativo el hecho de que en Mondragón, donde han sido elegidos algunos carlistas para la Junta Social Local de los sindicatos, éstos adopten una buena posición en la cuestión social, marchando unidos en las luchas reivindicativas al resto de sus compañeros de otras tendencias políticas.

En Vizcaya, hasta 1954, tuvo cierta importancia la organización estudiantil tradicionalista, AET, la cual agrupó a un número relativamente grande de estudiantes. La causa de ello, estribaba en el hecho, de que, al no existir durante este periodo ninguna organización estudiantil antifranquista, para muchos jóvenes que surgen a la vida política con una tendencia inconformista la AET era lo primero que encontraban que representaba una oposición (…) En general, su propaganda es confusa, pues tropiezan con la contradicción de que si por una parte no están totalmente de acuerdo con muchos de los aspectos de la realidad actual, por otra, tampoco están dispuestos a combatirlo consecuentemente ya que sus aspiraciones no rebasan los límites de una vuelta al espíritu del 18 de julio que, a su juicio, ha sido traicionado por los franquistas».

La modernización (1957-1977)

En relación a la trayectoria del Carlismo durante el tardofranquismo, se ha propagado desde determinados círculos de la derecha española una tesis que ante un público profano en la materia podría aparentar cierta veracidad, pero que sin embargo no resiste un contraste mínimamente profundo con los hechos históricos.

Alegremente se sostiene que el proceso de renovación que experimentó el partido legitimista desde el tradicionalismo corporativo hasta el socialismo autogestionario fue producto de la iniciativa personal de Don Carlos Hugo y de su círculo más inmediato, que se desarrolló después de la expulsión definitiva de la Familia Borbón Parma en 1968, y que fue motivado por la designación de Don Juan Carlos como sucesor de Franco a título de Rey en 1969.
Sin embargo un investigador nada sospechoso de simpatías hacia esa evolución como es el neointegrista Manuel de Santa Cruz, en su obra *Apuntes y Documentos para la Historia del Tradicionalismo Español* (1939-1966) (tomo 18 (II): 1956, p. 343), sitúa lo que denomina como «la aparición del progresismo en el Carlismo» en el año 1956, con motivo de un *Manifiesto de la Juventud Carlista de Navarra*. En dicho documento ya se manifestaba explícitamente una voluntad de diálogo con los «extremismos de izquierda».

En 1956 Don Carlos Hugo aún no había iniciado su andadura política. Habría que esperar al Montejurra de 1957. Sin embargo algo se estaba moviendo ya en una militancia carlista que vivía en una sociedad en profunda transformación económica y cultural. El mundo rural tradicional, que había nutrido al Carlismo, se despoblaba en beneficio de unas ciudades industriales que crecían a un ritmo vertiginoso, mientras se multiplicaban las desigualdades y los conflictos sociales.

Las nuevas generaciones de jóvenes carlistas, insertadas en centros universitarios y en fábricas fordistas, inevitablemente encontraban una problemática muy diferente a la de sus antecesores, para la cual necesitaban soluciones nuevas. Por eso desde la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET) y el Movimiento Obrero Tradicionalista (MOT) buscarían una nueva síntesis entre Tradición y Modernidad, mientras participaban de los movimientos antifranquistas de base (luchas estudiantiles contra el SEU, las primeras Comisiones Obreras, etc.).

Evidentemente esta dinámica no se puede entender sin el liderazgo de la Familia Borbón Parma, que como autoridad arbitral del Carlismo supo recoger y articular los planteamientos de sus bases populares. De la misma manera que tampoco puede ser comprendida sin el impacto que causó el Concilio Vaticano II (1962-1965), al consolidar las tendencias renovadoras de la juventud carlista.

Poco o nada tiene que ver la realidad histórica con algunas narraciones que pretenden convertir en imposición burocrática de pocos años lo que fue un proceso democrático de abajo a arriba, aunque no exento de tensiones y contradicciones, durante casi dos décadas.

En 1956, en la Universidad de Madrid, se produjeron unos importantes enfrentamientos entre estudiantes democráticos y falangistas del SEU, en los cuales participaron muy activamente los militantes de la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET). Estos disturbios van significar el «bautismo de fuego» de una generación de carlistas que se definirá rápidamente por la radicalidad de sus reivindicaciones sociales, pero también por un significativo distanciamiento del conservadurismo religioso predominante en la cúpula de la Comunión Tradicionalista. Por ejemplo en una hoja de la AET de ese mismo año, titulada *Vivimos descontentos*, se afirmaba abiertamente que «las estructuras sociales burguesas y el sistema capitalista no deben seguir vigentes». Esta tendencia de renovada crítica anticapitalista se expresaría en

las revistas *La Encina* (1957-1958) y *Azada y Asta* (1957-1963). Poco a poco se empezará a hablar de «Revolución Social» e incluso de «Monarquía Socialista», aunque ambos términos no serían institucionalizados en el partido hasta los Congresos del Pueblo Carlista (1970-1972). El primer término será empleado por primera vez en el subtítulo de un *Manifiesto de las Juventudes Tradicionalistas de Cantabria* en 1959, y el segundo como el título de un polémico artículo publicado en el número 14 de la revista *Azada y Asta* en 1961. Esta efervescencia juvenil, aunque era cuestionada, se reforzará por la recepción del personalismo humanista teorizado por Emmanuel Mounier y otros pensadores del catolicismo progresista francés.

Paralelamente desde el cese de Fal Conde como Jefe Delegado en 1955, un importante sector de la dirección de la Comunión Tradicionalista empezó a propugnar un giro en la relación con el Estado. La década de 1950 había traído consigo no sólo la consolidación del Régimen, producida en el contexto internacional de la Guerra Fría, sino también su recomposición institucional, con el fin del predominio falangista y la promesa aperturista de una «Monarquía Tradicional» como futura forma de Estado. Un Secretariado Nacional, dirigido por José María Valiente, e integrado por José Luis Zamanillo y Juan Sáenz-Díez, sustituirá la dinámica de beligerancia invariable con el Régimen, que consideraba agotada, por una política de discrepancia más moderada, demandando al Gobierno la materialización de una verdadera «Monarquía Tradicional». Su objetivo era romper el cerco permanente de silencio y represión que se sufría, utilizando los escasos cauces legales abiertos desde el Régimen, para participar en la medida de lo posible en la vida pública dando a conocer el programa carlista de restauración foral y gremial dentro de un sistema de libertades, pero también reestructurar la organización de la Comunión Tradicionalista, muy dañada por las persecuciones.

Esta nueva política, en un clima de precaria semitolerancia mutua con el Estado, permitirá disponer de dos redes asociativas que servirían de tapadera a la Comunión Tradicionalista para desarrollar una acción social dentro de la legalidad establecida: los Círculos Culturales Juan Vázquez de Mella, autorizados en 1960, y la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés, autorizada en 1962.

Pero la llamada «política de intervención pública» no sería compartida por una amplia mayoría del pueblo carlista. De hecho ya el 3 de junio de 1956 en abierto enfrentamiento con el Secretariado Nacional se constituye una Junta de las Regiones, radicalmente antifranquista, con el apoyo de las juntas re-

gionales carlistas del País Valenciano, Cataluña, Aragón, Navarra y Guipúzcoa. Únicamente logró imponerse por el respaldo de la Familia Borbón Parma, que consideraba tácticamente oportuno una disminución de las tensiones para poder viajar por España con una mínima tranquilidad, sin ser repetidamente expulsada aunque siempre vigilada. La presencia de Don Carlos Hugo y de sus hermanas en territorio español contribuiría a reactivar la Comunión Tradicionalista, pero también a establecer contactos con las Comisiones Obreras, encarnando una alternativa de futuro a Don Juan Carlos, instalado en Espada bajo la protección del franquismo desde 1948. Pero fue precisamente el respaldo dinástico a la nueva política lo que llevó a Sivatte a la ruptura total en 1958, sin embargo la mayoría de sus afines regresarían en 1964.

Aunque la cúpula directiva del Carlismo aspiraba a configurar una especie de oposición dentro de la legalidad, reclamando un cambio de sistema por una vía pacífica y negociada, la realidad es que con un Régimen tan poco permeable a las críticas por suaves que fuesen como era el franquista las fricciones no desaparecerían en ningún momento. Según esa línea política fue mostrando sus límites ante el fraude de las reformas institucionales del Gobierno, los conflictos volverían a agudizarse. Además, algunos de los impulsores de esta política de moderación, entre ellos José María Valiente, que en 1960 había sido nombrado nuevo Jefe Delegado, acabarán desvinculándose de la Familia Borbón Parma para reconocer a Don Juan Carlos, integrándose así en la clase política franquista.

Dentro de los sectores carlistas que rechazaron la «política de intervención pública», que en base a la tradicional cultura política carlista expresada en el pase foral de «se obedece, pero no se cumple» siguieron actuando autónomamente al margen, destacaron muchos de los jóvenes renovadores de la AET. Para Justo García Díez, el primer director de *La Encina*, prohibida por el Gobierno, las cosas eran muy claras: el franquismo era «la negación de todos nuestros principios», planteando que «el poder se conseguirá organizando huelgas de obreros y de estudiantes, con fuerte propaganda antirrégimen y con una fuerte organización militar clandestina». Por ejemplo en el curso 1956-1957 la primera Assemblea Lliure d'Estudiants de la Universitat de Barcelona fue creada por militantes de la AET junto con universitarios catalanistas y socialistas. Precisamente uno de los líderes de la AET, Domènec Madolell, sería encarcelado y expulsado de la Universidad por anunciar públicamente la constitución de esa asamblea ante ochocientos estudiantes congregados en el patio de la Facultad de Derecho.

En 1960 van empezar su andadura dos revistas que si bien van tener inicios humildes y discretos acabarán irguiéndose como portavoces oficiosos de un Carlismo en renovación, *Montejurra* en Pamplona y *Esfuerzo Común* en Zaragoza, por lo que sufrirían el acoso represivo del franquismo: secuestros, multas, etc. Frente a las maniobras gubernamentales para promover la figura de Don Juan Carlos como sucesor de Franco, se lanzaría la consigna de «¡Sagunto, nunca; Caspe, quizás!», reclamando que la futura Monarquía fuese producto de una decisión colectiva de la sociedad española en referencia idealiza al «Compromiso» aragonés de 1412 y no de la voluntad personal de un general como en el pronunciamiento de Martínez Campos reinstaurando la dinastía liberal en 1874.

Después de la constitución en 1962 de la Secretaría Política de Don Carlos Hugo, algunas individualidades integristas, como Francisco Elías de Tejada o José Luis Zamanillo, que se consideraban desplazadas comenzaron a abandonar el partido. Intentaran articular, sin éxito alguno, un nuevo movimiento tradicionalista al margen de la Familia Borbón Parma. Las fantasmagóricas Juntas de Defensa del Carlismo no pasarán de ser un mero conglomerado amorfo de disidentes antiguos y nuevos. Sin embargo se van configurando dos tendencias claramente divergentes. Así en 1963 por un lado, se constituye el Movimiento Obrero Tradicionalista (MOT), como organización sectorial de la Comunión Tradicionalista para el ámbito laboral; pero por otro, se funda también el Centro de Estudios Históricos y Políticos General Zumalacárregui, situado fuera de la disciplina política del legitimismo dinástico.

El debate planteado entre los católicos sobre la libertad religiosa, a partir de la inauguración del Concilio Vaticano II en 1962, va suponer un momento crucial para el Carlismo. Esta controversia implicará una línea de fractura dentro de la Iglesia entre progresismo e integrismo que se reproducirá en el Carlismo. En 1964 la Delegación Nacional de la AET publica un *Esquema Doctrinal*, centrado en el desarrollo del programa carlista, que representaba una primera apertura al pluralismo religioso pero también político que caracteriza la sociedad moderna. Así la doctrina tradicionalista sobre los cuerpos intermedios, hasta entonces únicamente territoriales y profesionales, fue ampliada para poder integrar a los partidos políticos. Mientras, el Centro de Estudios General Zumalacárregui celebra un I Congreso de Estudios Tradicionalistas exaltando la «Unidad Católica de España» frente a los nuevos vientos que soplaban desde el Concilio. Concebida como un hecho histórico irrenunciable, la «Unidad Católica de España» se convertiría en la obsesión monotemática del integrismo contemporáneo.

El «aggiornamento» de la Iglesia, iniciado con Juan XXIII (1958-1963) y proseguido con Pablo VI (1963-1978), fue un factor decisivo en la fermentación del Carlismo al abrir el mundo católico al dialogo con la Modernidad, incluido el marxismo, redefiniendo además la relación tradicional entre religión y política. Juan XXIII en sus encíclicas *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in Terris* (1963) señalaría como objetivos prioritarios la justicia social y la paz en el mundo. Por eso no solamente instó a los poderes públicos a intervenir en la economía para eliminar las desigualdades y a los trabajadores a sindicalizarse para defender sus derechos, sino que también reivindicaría la finalización de la carrera armamentística originada por la Guerra Fría y la prohibición de las armas atómicas. Incluso concibió la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 como un primer paso para una Constitución mundial. Para este Papa las «características de nuestra época» en cuya profundización debían de laborar los católicos eran «la elevación del mundo laboral», «la presencia de la mujer en la vida pública» y «la emancipación de los pueblos». Pero el hito fundamental sería la Declaración *Dignitatis humanae* del Concilio con motivo de su clausura en 1965, en la cual se proclama la libertad religiosa como un derecho consustancial a la dignidad esencial de la persona humana. Posteriormente Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio* (1967) denunciaría el «capitalismo liberal» que oprime los pueblos del Tercer Mundo, para escándalo del *The Wall Street Journal* que la descalificaría como «marxismo recalentado». La Iglesia Católica como comunidad de fe y de esperanza se situaba en la vanguardia del pensamiento crítico, con especial atención a los asuntos económicos, sociales y políticos, enlazando así con la tradición cristiana de liberación «aquí y ahora». Para ello se abandonarían algunas fórmulas que si en otro momento histórico tuvieron un sentido, ahora ya no servían sino que obstaculizaban un diálogo sincero y constructivo con todos los hombres de buena voluntad.

En 1965 la corriente renovadora de la juventud carlista, cuya principal figura intelectual era Pedro José Zabala, empezará a adquirir un protagonismo cada vez mayor. En febrero se desarrollaría en Zaragoza una asamblea conjunta de la AET y del MOT, en la cual no se debatieron únicamente asuntos universitarios o laborales, sino que también fue planteada la urgencia de realizar cambios globales en la Comunión Tradicionalista, en oposición a «los caciques y los validos» existentes dentro de su cúpula. En abril se produjo una recomposición de la dirección política de la Comunión Tradicionalista, siendo elegido José María de Zavala como secretario técnico de la Junta de Gobierno, mientras la figura de José María Valiente perdía relevancia. En el Montejurra de este año la juventud carlista estaría representada directamente por uno

de los oradores, Manuel Pérez de Lema, delegado nacional del Movimiento Obrero Tradicionalista (MOT), que disertó sobre «La Democracia». En mayo además fueron creados los Grupos de Acción Carlista (GAC), por iniciativa de Miguel de San Cristóbal, delegado nacional del Requeté, con el fin de responder a la represión franquista.

En 1966 se produce el espaldarazo oficial del progresismo aperturista dentro de la Comunión Tradicionalista. En febrero fue celebrado un Congreso Nacional Carlista en Cuelgamuros con el fin de iniciar la reestrucuración de la Comunión Tradicionalista. Pero este congreso, al que asistieron unos trescientos cincuenta dirigentes carlistas, sería suspendido por el Gobierno que mandó acordonar el recinto por la Policía Armada y la Guardia Civil. En Montejurra, José Ángel Zubiaur reclamará la derogación del Decreto de supresión de los Conciertos Económicos de Vizcaya y Guipúzcoa, originando una campaña a la que se sumaron diversos ayuntamientos vascos. La reivindicación tuvo tal impacto en la opinión pública que obligó al Gobierno a posicionarse. Así Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, declararía que «de ningún modo se iba a volver la vista atrás» porque «la Historia es irreversible». En octubre Don Javier dirige un *Llamamiento al pueblo carlista y a todos los españoles*, en el cual asume no solamente el Concilio ya finalizado sino también los partidos políticos como representantes de la sociedad, junto con las entidades territoriales y las asociaciones profesionales, dentro de unas Cortes de carácter tricameral. En este año diversos núcleos del MOT se encuentran ya colaborando con las Comisiones Obreras, mientras que los militantes de la AET participan en la «caputxinada» de Sarrià, donde se constituye el Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona (SEDEUB), así como en la denuncia posterior del asedio y asalto policiales al convento donde se celebraba la asamblea.

En 1967 el régimen, como garantía de una supuesta apertura, tras la promulgación de la Ley Orgánica del Estado (1966), convocó unas primeras elecciones a procuradores en Cortes por el llamado Tercio Familiar, correspondiendo dos a cada provincia. Por iniciativa del partido se presentaron varios candidatos que en la campaña electoral se declararon abiertamente como legitimistas carlistas. En Navarra, José Ángel Zubiaur y Auxilio Goñi, y en Guipúzcoa, Manuel Escudero y Antonio Arrúe, que derrotarían de manera abrumadora a los candidatos promovidos por el Gobierno. En la mayor parte de las provincias en cambio ganaron las candidaturas apadrinadas desde Madrid, aunque por Cádiz también saldría elegido el carlista Baldomero García García. En las Cortes estos cinco carlistas del Tercio Familiar constituirían el núcleo fundacional

de los denominados por la prensa como «procuradores trashumantes», un grupo minoritario que se caracterizó por reprobar públicamente el inmovilismo y el autoritarismo del Régimen, especialmente la falsedad de sus promesas reformistas. Fue también notoria la reivindicación que, con gran escándalo del franquismo, realizaron los procuradores carlistas de los derechos de los mutilados del Ejército republicano de la Guerra Civil.

En 1968, tras la dimisión de José María Valiente como Jefe Delegado, fue constituida una Junta Suprema conformada por cinco representantes territoriales y José María de Zavala como secretario general. En Montejurra, Auxilio Goñi intervendría denunciando severamente la ausencia de representatividad social del sistema político franquista así como su incapacidad para evolucionar. Ironizaría especialmente sobre el hecho de que el Régimen en la Ley de Principios del Movimiento Nacional (1958) hubiera recogido abstractamente la definición tradicionalista de «Monarquía tradicional, católica, social y representativa» pero diez años después aún no existiese ninguna voluntad de articular unas estructuras institucionales de Libertad Sindical y Regional: «Porque ¡Madre España! es Ley fundamental que tú eres una monarquía tradicional, social y representativa. ¿Y me quieres decir cómo puedes ser tradicional sin la Ley Regional? ¿Cómo puedes ser social sin una Ley Sindical como la que luego voy a decirte? ¿Cómo puedes ser representativa eludiendo dar su puesto a este pueblo aquí presente?». Por reproducir su discurso los dos diarios de Pamplona sufrirían secuestro gubernamental. Varios meses más tarde se produciría la expulsión definitiva de la Familia Borbón Parma del territorio español por decisión del Gobierno. Por entonces el eje central del discurso carlista ya era la reivindicación de las «tres grandes libertades concretas» de carácter «regional, sindical y político», enlazando con el *Esquema* de la AET en 1964 y el *Llamamiento* de Don Javier en 1966.

En 1969 se produjeron enfrentamientos violentos en Estella-Lizarra con motivo de Montejurra. Por la mañana los carlistas rompieron los cordones de la Policía Armada, y por la tarde unos cinco mil jóvenes bajaron del monte a la Plaza de los Fueros, donde quemaron y pisotearon un retrato de Franco. Varias oficinas bancarias y del sindicato vertical fueron apedreadas. La Guardia Civil intervino y la multitud arremetería contra ella con palos. En relación a estos hechos Floren Aoiz (*El jarrón roto. La Transición en Navarra: una cuestión de Estado*, 2005) afirma que «se caldeó tanto el ambiente que, ante la posibilidad de que los manifestantes se desplazaran a Iruñea, se había decido recurrir a una acción de fuerza. Un informe reservado indicaba que: "Los acontecimientos iban adquiriendo tal gravedad que el Gobernador Civil estuvo en contac-

to directo con Madrid y se sabe que de haberse realizado la marcha sobre Pamplona se hubiera producido un día de luto, puesto que la intención de la primera autoridad civil de Navarra fue, incluso, haber ordenado a las fuerzas disparar contra los manifestantes». El 22 de julio Franco designaba a Don Juan Carlos como su sucesor, otorgándole el título de «Príncipe de España» como futuro Rey. Las Cortes ratificarían esta decisión. En presencia del dictador solamente diecinueve procuradores se atrevieron a votar públicamente en contra, entre ellos los cinco carlistas del Tercio Familiar. En cambio Zamanillo, procurador por designación directa de Franco, votaría a favor de Don Juan Carlos. Para los integristas integrados en el franquismo era suficiente con que la nueva Monarquía se definiera folclóricamente como «Tradicional», aunque estuviera desprovista de los contenidos concretos de restauración foral y gremial que históricamente le había dado el Carlismo a esa fórmula. En cambio, el pueblo carlista concentrado anualmente en Montejurra expresaba sus viejas reivindicaciones con un lenguaje modernizado de Libertad Regional y Sindical.

En 1970 los GAC, cada vez más autónomos respecto a la dirección del partido, se habían convertido en la vanguardia del activismo carlista, con acciones armadas como la voladura de la terminal del oleoducto de Rota-Zaragoza en diciembre. Su orientación era netamente progresista pues según informaba la revista *Montejurra*: «Propugnan un socialismo democrático, una regionalización real y un Estado de derecho que salvaguarde las libertades del individuo y su participación en las tareas públicas. Están enmarcados dentro de la línea carlista y sus componentes son en su mayoría jóvenes obreros y universitarios». Sobre la relación existente entre ETA y los GAC, Jon Juaristi señalaría «cuando desde ETA comenzamos a colaborar con los Grupos de Acción Carlista (…) hice amistad con algunos jóvenes pistoleros carlomaoistas de la comarca (…) Atendiendo sólo a criterios lingüísticos y etnológicos, puedo afirmar que eran mucho más vascos que yo. Hablaban perfectamente el eusquera; es decir, hablaban sólo en eusquera. Jugaban al frontón endiabladamente bien y no dudo que nos habrían puesto en ridículo, a mí y a todos los etarras urbanícolas, si hubiéramos tratado de competir con ellos bailando la jota o el aurresku». No deja de ser significativo que a pesar de todos los cambios socio-económicos sufridos, la base popular del carlismo vasco se mantuviera aferrada a sus raíces etnoculturales. De hecho, Federico Krutwig, uno de los intelectuales de ETA, consideraba en detrimento de la militancia burguesa del PNV que: «En cambio el carlista que habla bien de España en euskara, está haciendo profesión de vasquismo a cada palabra que dice. Es en definitiva más nacionalista vasco que los jelkides que hablan en castellano, por muy mal

que hablen de España o de Francia».

También en 1970 empezó a funcionar en Navarra la Federación Obrera Sindical (FOS). Aunque estaba impulsada por militantes carlistas, orgánicamente era independiente del partido. No obstante compartió su evolución hacia el socialismo autogestionario, hasta que finalmente desapareció en 1976. El PSOE contactaría con la FOS, con el fin de que reorganizase la UGT en Navarra, propuesta que fue rechazada por no ajustarse al modelo de sindicalismo asambleario que se estaba desarrollando.

Los días 17, 18 y 19 de julio de 1970 fue celebrado en Vera de Bidasoa un Congreso de la Juventud Carlista, en el cual fue reclamada una mayor velocidad en la modernización del Carlismo. Precisamente con ese fin serían convocados los tres Congresos del Pueblo Carlista, celebrados en Arbonne (Iparralde) entre 1970 y 1972. Este proceso congresual implicó un debate especialmente intenso en el que participaría toda la base militante de la Comunión Tradicionalista. El I Congreso fue celebrado el 6 de diciembre de 1970 con la presencia de unos 387 compromisarios. La *Declaración* leída por Don Javier con motivo de la apertura de este Congreso, proclamando la necesidad y la legitimidad de una «Revolución Social» de inspiración cristiana más allá del capitalismo liberal y del comunismo soviético, posiblemente pueda ser considerado como el texto doctrinal más importante de la Historia del Carlismo desde el *Acta de Loredán* de 1897. Ese mismo día la Junta Suprema decidía la expulsión de José María Valiente, que en octubre había aceptado ser nombrado procurador en Cortes por designación directa de Franco. El II Congreso, desarrollado el 10 de abril de 1971, aprobaría un cambio de denominación de la organización. Así fue sustituido el nombre de «Comunión Tradicionalista», oficializado en la década de 1930 en un contexto de aproximación al integrismo alfonsino, por el más antiguo y propio de la tradición legitimista: «Partido Carlista».

Con motivo del acto de Montejurra, la Junta de Gobierno del partido realiza el 1 de mayo una Declaración en la que se plantea el derecho de autodeterminación de las nacionalidades históricas al «Reconocer el pleno derecho de los pueblos que configuran España para que puedan voluntariamente constituir la Federación de las Repúblicas Sociales que asegure su unidad». La fórmula de la «Federación de las Repúblicas» por sorprendente que pueda parecer sin embargo entroncaba con la doctrina jaimista anterior a 1931. Por entonces el Carlismo incomodaba lo suficiente al Régimen de cara a sus planes sucesorios para que fuese diseñado un plan con el fin de neutralizar sus estructuras y dispersar sus bases. En este plan se barajaban dos soluciones «ante el abierto

desafío lanzado» en Montejurra: por un lado, un mayor endurecimiento de la represión, que si no se veía acompañada de otras medidas presentaba el inconveniente de una «probable reacción de solidaridad de la masa carlista hacia sus dirigentes»; por otro, el «montaje de una amplia campaña propagandística que demuestre el "desviacionismo" de la Junta Suprema y sus concomitancias marxistas, combinada con otra de descredito de la familia Borbón Parma» y el «apoyo indirecto pero total a figuras carlistas de confianza y capaces, que estén dispuestas a desplazar y sustituir a los actuales dirigentes». Este plan constituye un claro precedente de la Operación Reconquista que provocó los trágicos sucesos de Montejurra en 1976. Inmediatamente después de Montejurra la acción represiva del Gobierno se concretó en el cierre de la revista Montejurra, que bajo el impulso de la familia Arraiza había llegado alcanzar tiradas de 25.000 ejemplares, y en la ilegalización de la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de los Tercios de Requetés, cuyo presidente desde 1965 era el coronel Ignacio Romero Osborne, V Marqués de Marchelina. Al mismo tiempo se promovía una nueva maniobra de «carlismo paralelo», al intentar impulsar a la Hermandad de Maestrazgo de Ramón Forcadell, hasta entonces una asociación localista, como un espacio de encuentro de todos los tradicionalistas opuestos a la Familia Borbón Parma en torno a la futura Monarquía franquista de Don Juan Carlos.

El sector más izquierdista del Partido Carlista, disconforme con los ritmos del proceso evolutivo, constituirá en noviembre de 1971 las Fuerzas Activas Revolucionarias Carlistas (FARC). Esta nueva organización, muy influenciada tanto por la nueva izquierda del Mayo del 68 como por los movimientos anticoloniales del Tercer Mundo, propondrá como proyecto político una «Federación de Repúblicas Socialistas Ibéricas». Su posición con la dirección del Partido era muy crítica, considerando que «el trilema –Dios, Patria, Rey- no responde a las actuales reivindicaciones», que la Monarquía era «contradictoria con la Revolución Socialista», y que constituía «un grave error seguir a remolque de la Iglesia Católica» a nivel doctrinal. Tras la celebración de los actos de Montejurra de 1972, en los cuales el Partido Carlista empezó a usar oficialmente la fórmula de «Monarquía Socialista», más de un centenar de militantes de las FARC serían detenidos, sufriendo algunos de ellos graves torturas. El III Congreso del Pueblo Carlista se celebraría el 4 de junio con la asistencia de 140 delegados con mandato imperativo de unas 284 Asambleas Populares Carlistas. En este congreso fueron discutidas dos ponencias presentadas por la dirección, una *Línea ideológico-política* en la que el Partido Carlista se definía como un «partido de clase y de masas», que sería aprobada; y unas *Normas Provisionales de Régimen Interno*, que en cambio fueron rechazadas al ser

igualmente impugnadas tanto por las FARC como por un sector derechista disconforme con la evolución realizada. Un posterior documento interno de las FARC analizaría esta división interna del Partido Carlista: «1. La existencia de tres tendencias en el congreso: izquierda, derecha y centro. 2. La realidad de la situación de extrema oposición en que se encuentran tanto la derecha como la izquierda –si bien por muy diferentes motivos- con respecto a las jerarquías del partido; y la total adhesión del centro a la línea jerárquica. 3. Una radicalización absoluta de posturas con la consecuente secuela de luchas intestinas». A inicios de 1973 las FARC, bastante fracturadas, deciden disolverse. Una parte de su militancia continuará en el Partido Carlista, mientras que otra se integrará en diversas organizaciones de la izquierda comunista. También los GAC deciden disolverse en el verano de 1973.

Después de los Congresos del Pueblo Carlista se activaron dos dinámicas muy diferentes a pesar de su común contenido derechista. Por un lado, José Arturo Márquez de Prado, un antiguo dirigente del Requeté apartado en 1965, va intentar nuevamente sin éxito alguno constituir un movimiento tradicionalista alternativo al Partido Carlista. Por otro, Fal Conde, que aunque de orígenes integristas siempre se definió por un antifranquismo intransigente y por su lealtad a la Familia Borbón Parma, tratará de sumar apoyos significativos para tratar de revertir el proceso evolutivo desde el interior. Esta divergencia de objetivos llevará a Fal Conde a desconfiar de Márquez de Prado, escribiendo que «con instigaciones de distintos elementos de las alturas gubernamentales (…) surgen nuevas iniciativas de disidencia (…) andan moviéndose elementos muy dispares y antagónicos entre sí, como Elías de Tejada, Sivatte, Gambra, Lizarza junior y pienso que secretamente en contacto con Zamanillo, para levantar una Comunión sin el Rey, a base del Requeté. Para esto han movido la vanidad de Márquez de Prado (…) Claramente se veía en la conversación de Pepe Arturo que estaba resuelto a la escisión, imaginando que podría, uno más, arrastrar a la Comunión misma a la ruptura con el Rey». No estaba muy desencaminado cuando en 1973 se constituye por iniciativa de Márquez de Prado un Real Tercio de Requetés de Castilla, que se adhiere inmediatamente a Don Juan Carlos como futuro Rey.

La renovación ideológica experimentada inevitablemente iba a afectar también a la dimensión religiosa. Así en un folleto aprobado por la Junta de Gobierno el 28 de enero de 1973, se declaraba que: «La cuestión religiosa, que tanta importancia ha tenido, por la vivencia cristiana del Carlismo, ha sido nuevamente expresada y perfilada. Frente a los intentos de atribuirle el carácter de grupo religioso, ha sido preciso que, sin negar la esencia cristiana de su

filosofía política, y precisamente por eso, rechace taxativamente la aconfesionalidad de los partidos políticos, y exija la separación de Iglesia y Estado». La declaración de aconfesionalidad no significaba para el Partido Carlista ninguna renuncia a su historia, sino una nueva proyección de la herencia humanista de sus raíces cristianas. De hecho mostrará una significativa cercanía con los sectores más avanzados de la Iglesia, incluso con movimientos como la Teología de la Liberación o Cristianos por el Socialismo.

El Montejurra de 1974 supondrá la culminación del proceso ideológico iniciado en 1956. El *Mensaje* de Don Carlos Hugo expondrá una sistematización completa del Socialismo de Autogestión Global como proyecto revolucionario, sobre la base de una triple democracia territorial, económica y política. El Partido Carlista empieza a participar en la creación de diversas plataformas con el fin de agrupar a toda la oposición democrática al Régimen. Así el 15 de septiembre se adhiere a la Junta Democrática de España, que impulsaba el PCE, pero que abandona el 26 de diciembre, entre otras razones, porque este organismo «no ha modificado su postura con referencia al problema de las nacionalidades del Estado español y por tanto sigue sin reconocer el derecho a la autodeterminación de los distintos pueblos del Estado español». El 20 de abril de 1975, en Arbonne, Don Javier abdica «los derechos y deberes de la sucesión» de la Dinastía carlista en Don Carlos Hugo. El 11 de junio de 1975 el Partido Carlista colabora con la constitución de la Plataforma de Convergencia Democrática, promovida por el PSOE y por el PNV. El 20 de marzo de 1976 una Asamblea federal de dirigentes del Partido Carlista, celebrada en Madrid, aprueba un alternativa de «ruptura democrática» con la Monarquía heredera y continuadora de la dictadura franquista. El 26 de marzo como fusión de los dos organismos unitarios mencionados se constituye Coordinación Democrática, popularmente conocida como «la Platajunta», con la participación del Partido Carlista.

Durante estos años con el fin de intervenir en diferentes ámbitos sociales el Partido Carlista articuló una estructura de frentes de lucha sectorial, con los frentes obrero (que «alcanzó unos niveles de implantación notables» según reconoce el historiador anticarlista Jordi Canal), estudiantil, de barrios, profesional y campesino. De hecho el Partido Carlista y el PCE serán considerados por el periodista Fernando Jauregui como «las dos fuerzas numéricamente más importantes» de la oposición antifranquista, mientras que el político José María de Areilza manifestaba en 1972 que eran los dos únicos partidos compactos, articulados y disciplinados.

En el ámbito neointegrista, ante la evidencia del fracaso de la Hermandad del Maestrazgo, Zamanillo creará en 1975 Unión Nacional Española (UNE), con la vieja consigna de «unir a todos los grupos tradicionalistas» en la defensa de «la cuestión religiosa y de la idea de la Monarquía Tradicional». Posteriormente UNE convergerá con otros partidos neofranquistas en la creación de Alianza Popular (AP) bajo el liderazgo de Manuel Fraga.

En 1976 se produce la enésima maniobra de inspiración gubernamental para desplazar políticamente al Carlismo legitimista y antifranquista. Pero en esta ocasión va ser muy diferente por cuatro razones. Tras el fallecimiento de Franco ya ha accedido a la jefatura de Estado Don Juan Carlos, rechazado por entonces por toda la oposición democrática. Por primera vez desde 1958 se va realizar un desembarco en Montejurra con la finalidad de disputar el control político de los actos. Para ese objetivo se va movilizar a varios centenares de ultraderechistas españoles pertenecientes a organizaciones como UNE, Fuerza Nueva o los Guerrilleros de Cristo Rey, e incluso a destacados terroristas de nacionalidad argentina, francesa e italiana. Y con el fin de presentar y justificar ante la opinión pública toda la operación como una especie de rebelión carlista contra Don Carlos Hugo, se va contar con la colaboración de un miembro de la propia Familia Borbón Parma. El hermano menor de Don Carlos Hugo, Sixto Enrique, que hasta entonces había estado apartado de la política española, se prestó a encabezar la maniobra junto con Márquez de Prado, por lo que será desautorizado por Don Javier y excluido de la Dinastía carlista.

El sangriento resultado de la Operación Reconquista es bien conocido, pero no así su trama preparatoria. Desde importantes sectores del Régimen de la Segunda Restauración siempre se ha intentado simplificar y ridiculizar lo sucedido como un simple enfrentamiento interno entre carlistas. Sin embargo los dos fallecidos, Ricardo García Pellejero y Aniano Jiménez Santos, y las decenas de heridos de bala que se produjeron fueron exclusivamente entre la base del Partido Carlista. No se ha querido aclarar nunca la presencia de mercenarios extranjeros, entre los que se encontraban personajes como Rodolfo Almirón, futuro jefe de seguridad de Manuel Fraga como líder de AP. Ni la utilización de munición del Ejército español en la agresión. En aplicación de la Ley de Amnistía de 1977 el sumario judicial sería cerrado. Posteriormente el general José Antonio Sáenz de Santamaría confesó públicamente que más allá de Márquez de Prado se encontraban el general Ángel Campano, director general de la Guardia Civil, Antonio María de Oriol Urquijo, presidente del Consejo de Estado, y Manuel Fraga, ministro de Gobernación. En 2003 la Audiencia Nacional reconocería a Ricardo y a Aniano la condición oficial de «Victimas del Terro-

rismo», que les era negada tanto por la Asociación de Víctimas del Terrorismo como por el gobierno de José María Aznar, heredero político de Manuel Fraga. En 2016 el Parlamento de Navarra solicitaría la desclasificación de toda la documentación relativa a estos hechos existente en la Administración General del Estado. El gobierno de Mariano Rajoy, militante en su juventud de UNE, respondería negativamente a esta demanda.

Durante estos años el Partido Carlista no se limitará a una defensa meramente teórica del derecho de autodeterminación de los pueblos españoles como un fin lejano a conseguir dentro del juego político de un futuro Estado democrático, sino que lo planteaba como un objetivo inmediato, precisamente como garantía previa y no como consecuencia posterior de un proceso democrático auténtico, vinculando su ejercicio a la construcción tanto de un Estado federal como de una sociedad socialista. Esta concreta defensa del principio de autodeterminación es una de las causas que explican la marginación del Partido Carlista en la Transición, desde su exclusión en la comisión negociadora de la oposición con el Gobierno, hasta una situación permanente de represión política que contrasta con la tolerancia gubernamental a otros partidos que incluso pueden celebrar Congresos y actos de presentación en idéntica situación de ilegalidad. Incluso hubo una campaña de silencio en los medios de comunicación. En ese sentido Lalo Azcona, editor y presentador del telediario de TVE desde el verano de 1976 hasta finales de 1977, reconocería en una entrevista que se le había prohibido informar sobre el Partido Carlista.

De hecho el Gobierno de Adolfo Suárez bloqueó la legalización del Partido Carlista, alegando que «propugna una forma monárquica de Estado distinta de la establecida en España», impidiendo así que pudiera participar en las elecciones a Cortes Constituyentes del 15 de junio de 1977, llamadas por algunos «primeras elecciones democráticas». Solamente una vez ya consolidado el proceso de reforma posfranquista con la victoria electoral de UCD, se procedió a legalizar al Partido Carlista así como a permitir el regreso de Don Carlos Hugo a España. Esta actitud represiva, cuya máxima expresión fue la prohibición gubernamental de los actos de Montejurra de 1977 así como la ocupación policial de los accesos al lugar, muestra no solamente una peculiar «doble vara de medir» respecto a otros partidos democráticos, sino también hacia una nueva «Comunión Tradicionalista», liderada nominalmente por Sixto Enrique de Borbón Parma. Esta Comunión Tradicionalista no solamente fue legalizada sin problema alguno, sino que el 25 de junio de 1977 Sixto Enrique presidió en Madrid un funeral de manera conjunta con el Duque de Calabria en representación oficial de Don Juan Carlos. Extraña compañía para quien se

pretendía el verdadero representante de la dinastía carlista.

Conclusiones

La evolución ideológica del Carlismo desde una cosmovisión tradicionalista hacia un horizonte socialista, considerada sorprendente y hasta contradictoria por algunos, no lo es si atendemos a los profundos cambios estructurales que se produjeron en España. La comunidad tradicional, rural y agropecuaria fue desplazada por una sociedad moderna, urbana e industrial. En muy poco tiempo cambiaron muchas cosas, y de hecho hasta la propia Iglesia Católica cambió. El Carlismo no podía permanecer ajeno en la medida en que los cambios afectaban a su propia base popular.

El historiador Manuel Tuñón de Lara, entrevistado en 1976 por *La Vanguardia*, afirmaba que la renovación del Carlismo: «Es un fenómeno de gran interés, aunque sin duda alguna es explicable. No podemos olvidar que el carlismo ha tenido siempre un enorme arraigo popular, ni tampoco que el proceso de industrialización en las zonas donde está extendido es notable. En Navarra, en concreto, se ha pasado de una mayoría agraria a una mayoría industrial en poco tiempo. La evolución seguida me parece muy lógica». Para entender la radicalización del Carlismo no se debe obviar en ningún momento que la transformación socio-económica de España implicó un fuertísimo coste humano, visibilizado en la conformación de grandes barriadas obreras en la periferia urbana así como en problemas de marginación, desarraigo y pérdida de identidad, pero produciría al mismo tiempo el surgimiento de una nueva clase obrera que no luchaba solamente por cambiar sus condiciones de trabajo, sino también por mejorar sus condiciones de vida en general (urbanismo, sanidad, cultura).

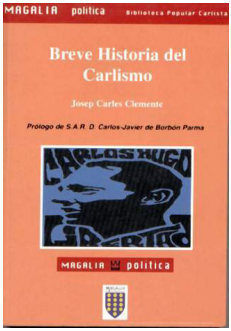
El «aggiornamento» del Carlismo, liderado por la Familia Borbón Parma, tampoco se puede explicar sin las claves históricas del propio movimiento. Un populismo comunitarista previamente existente fue la levadura imprescindible sin la cual no se hubiera podido desarrollar el nuevo Carlismo. En ese sentido se podría citar por ejemplo el testimonio del antiguo requeté Antonio Izu, recogido por Ronald Fraser (*Recuérdalo tú y recuérdalo a los otros*. *Historia oral de la Guerra Civil española,* 1979): «La gente decía que el carlismo, con su lema de "Dios, Patria y Rey", era ultraderechista. ¡Qué equivocación! El carlismo (…) era sencillamente carlista, católico y revolucionario. Iban a animar las cosas, a armar follón (…) una revolución que, tras un

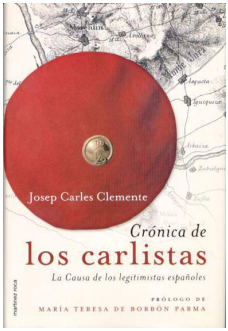
siglo de opresión, satisficiera la necesidad innata de explotar que todos los carlistas sentían (…) El pueblo debía ser libre; ésa era la esencia, el significado popular de los fueros de Navarra; la libertad respecto del centralismo español, pero no respecto de España (…) La política social del carlismo (…) consideraba que en la producción había dos factores fundamentales: el capital y el trabajo. El capitalista aportaba el primero, el obrero el segundo. Como la producción era compartida, también los beneficios (tras deducir la depreciación y el interés sobre el capital) debían ser igualmente compartidos».

Mariano Sánchez-Covisa, conocido ultraderechista de la época, líder de la banda terrorista Guerrilleros de Cristo Rey, relacionado tanto con los sucesos de Begoña como con los de Montejurra, en una carta publicada en el diario *El País* en 1976, describiría toscamente a los carlistas agredidos en ambas ocasiones como separatistas y comunistas, nunca como carlistas. Curiosamente en la hoja informativa sobre Begoña distribuida por la Falange, recogida por Manuel de Santa Cruz en sus *Apuntes y Documentos para la Historia del Tradicionalismo Español 1939-1966* (tomo 4: 1942, p. 118), ya se justificaba aquella acción en base a que «entre los boinas rojas del País Vasco se encuentran elementos rojo-separatistas». En 1942 ningún carlista hablaba de socialismo autogestionario, pero la justificación del terrorismo fascista para agredir a los carlistas ya era la misma que en 1976.

J.C.V.

Bibliografía (Incompleta)





La otra cara de Cataluña
Grijalbo, Barcelona, 1968.

Hablando en Madrid
Grijalbo, Barcelona, 1969.

Cataluña hoy
NyC, Madrid, 1970.

Los 90 ministros de Franco
Dopesa, Barcelona, 1970. (3ª edición corregida y aumentada en 1971)

Conversaciones con las corrientes políticas de España
Dopesa, Barcelona, 1971.

Conversaciones sobre el presente y el futuro político de España
Juventud, Barcelona, 1972.

Montejurra 76: encrucijada política
En colaboración con Carles S. Costa, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976.

Montejurra: un año después, vigencia de una situación
En colaboración con Carles S. Costa, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1977.

Historia del carlismo contemporáneo (1935-1972)
Grijalbo, Barcelona, 1977.

Nosotros, los carlistas
Cambio 16, Madrid, 1977. (Prólogo de Artur Juncosa Carbonell)

Diálogos en torno a la guerra de España
EASA, Madrid, 1978.

Los orígenes del carlismo
EASA, Madrid, 1979.

Las guerras carlistas
Península, Madrid, 1982.

Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX (2 vol.)
Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985.

Las guerras carlistas
Sarpe, Madrid, 1986.

Historia de la Cruz Roja española
Servicio de Publicaciones de la Cruz Roja, Madrid, 1986.

La guerra de los matiners
Servicio de Publicaciones del EME (Estado Mayor del Ejército), Madrid, 1987.

La Cruz Roja en el mundo de hoy
Beecham, Madrid, 1988.

La Cruz Roja en España
Asamblea en Madrid de la Cruz Roja, Madrid, 1989.

Los carlistas
Istmo, Madrid, 1990.

El Carlismo. Historia de una disidencia social (1833-1976)
Ariel, Barcelona, 1990.

Historia general del carlismo
Servigrafint, Madrid, 1992. (Epílogo de Don Carlos Hugo de Borbón Parma)

Lenguas y medios de comunicación
Fundación Actilibre, Madrid, 1992.

El árbol de la vida. La Cruz Roja en la guerra civil española 1936-1939
Beecham, Madrid, 1993.

El carlismo en la España de Franco: bases documentales 1936-1977
Fundamentos, Madrid, 1994.

Historias de la transición 1973/1981. El fin del apagón
Fundamentos, Madrid, 1994.

Raros, heterodoxos, disidentes y viñetas del carlismo
Fundamentos, Madrid, 1995.

Ejército y conflictos civiles en la España contemporánea
Fundamentos, Madrid, 1995.

Ante los retos del futuro: conversaciones con Mario Villarroel
Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, Madrid, 1995.

Lengua, cultura y comunicación 1992-1995
Fundación Actilibre, Madrid, 1996.

Los masones: la apuesta de los hijos de la luz
Fundamentos, Madrid, 1996.

Don Javier, una vida al servicio de la libertad
En colaboración con María Teresa de Borbón Parma y Joaquín Cubero Sánchez, Plaza & Janés, Barcelona, 1997. (Prólogo de Don Carlos Hugo de Borbón Parma)

El carlismo en el novecientos español (1876-1936)
Huerga y Fierro, Madrid, 1999.

Seis estudios sobre el carlismo
Huerga y Fierro, Madrid, 1999.

El carlismo en su prensa (1931-1972)
Fundamentos, Madrid, 1999.

Com a tema, Catalunya: gent dels Països i altres especies
Fundamentos, Madrid, 1999.

La escuela universitaria de enfermeras de Madrid
Fundamentos, Madrid, 1999.
Cuestiones carlistas y otras reflexiones históricas
Fundamentos, Madrid, 2000.

La educación de Don Juan Carlos y otras crónicas de la transición
Fundamentos, Madrid, 2000.

Carlos Hugo. La transición política del carlismo. Documentos (1955-1980)
Muñoz Moya, Sevilla, 2000.

Comunicación, idiomas y cultura: 1996-1999
Fundación Actilibre, Madrid, 2000.

Breviario de historia del carlismo
Muñoz Moya, Sevilla, 2001.

Carlos Hugo de Borbón Parma. Historia de una disidencia
Grupo Planeta, 2001.

Crónica de los carlistas: la causa de los legitimistas españoles
Martínez Roca, 2001.

Breve Historia del Carlismo
Magalia (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 3), Madrid, 2001. (Prólogo de Don Carlos Javier de Borbón Parma)

La princesa roja. María Teresa de Borbón Parma
Martínez Roca, 2002.

Incidente en Wentworth
Magalia (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 5), Madrid, 2002.

El cuaderno humanitario
Fundamentos, Madrid, 2002.

El carlismo contra Franco
Flor del Viento Ediciones, 2003.

La prensa humanitaria en la España contemporánea (1870-1989)
En colaboración con Juan Francisco Polo, Fundamentos, Madrid, 2003.

Tiempo de humanidad: La labor sanitaria de la Cruz Roja Española (1864-1997)
Fundamentos, Madrid, 2004.

La corte de los prodigios: Los cuadernos de la transición democrática
Antonio Machado Libros, Madrid, 2005.

Josep Carles Clemente, historiador del carlismo
Magalia (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 11), Madrid, 2005. (Libro-entrevista realizado por Javier Onrubia Rebuelta)

La otra dinastía: los reyes carlistas en la España contemporánea
Antonio Machado Libros, Madrid, 2006.

Diccionario histórico del carlismo
Pamiela, Pamplona, 2006.

Aproximación biográfica a un rey carlista: Don Javier de Borbón Parma
Arcos (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 20), Sevilla, 2008.

Breve enciclopedia del carlismo
Alderabán, Cuenca, 2012.

Insurgentes, gerifaltes y otras hierbas del carlismo
Arcos (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 24), Sevilla, 2012.

Los días fugaces. El Carlismo, de las guerras civiles a la transición democrática
Alderabán, Cuenca, 2013.

Episodios carlistas
Alderabán, Cuenca, 2014.

Galería de retratos carlistas
Alderabán, Cuenca, 2014.

Volutas carlista
Alderabán, Cuenca, 2015.

La insurgencia carlista. Los grupos armados del carlismo
Alderabán, Cuenca, 2016.

La Real Orden de la Legitimidad Proscripta
Arcos (Colección Biblioteca Popular Carlista nº 30), Sevilla, 2017. (Prólogo de Don Carlos Javier de Borbón Parma)

Educación ambiental: contemplar la familia, contemplar desde la familia

"No hace falta escapar de la ciudad
y habitar con el viento las montañas",
Jesús Montiel[1]

Introducción

Este trabajo es una idea que empieza a nacer. Recuerda un poco a, cuando niños, el abuelo plantaba pensamientos. (Las semillas, contenidas en cartones atractivos, ya se adquirían en las grandes superficies). Las flores eran hermosas, moteadas y de colores duros. Al igual que aquellas semillas del abuelo, este trabajo aspira a caer en tierra fértil y morir. En este sentido, no agota el tema, aspira a que el lector lo asuma, lo desarrolle o lo discuta; o las tres cosas al mismo tiempo.

Los seres humanos venimos al mundo en el seno de una familia. Esta obviedad no es nada desdeñable. Sartre ha escrito así sobre la grandeza del nacimiento: "Deja que nazca un niño, deja que el mundo tenga, de nuevo, una oportunidad"[2]. Pero las familias tienen dignidad en sí mismas, y naturaleza propia, y ésta las sitúa en la Creación y les lleva a contribuir en ella.
En su encíclica sobre el cuidado de la Creación, el papa Francisco ha incidido en la importancia de la familia como institución y "grupo social primario"[3]. También ha 'puesto en valor' la potencialidad del cuerpo y la diferencia sexual[4], así como su aporte al bien común[5] y la justicia[6]. Es evidente la relación entre la familia y la "cultura del cuidado"[7] propuesta por Francisco. Pero aquí nos detenemos en la importancia que para nuestra 'casa común' tiene la misión educativa de la familia.

"(…) quiero destacar la importancia central de la familia, porque «es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecua-

1 Montiel, Jesús, Placer Adámico, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2011.
2 Sartre, Jean Paul, Barioná, el Hijo del Trueno: misterio de Navidad, Voz de Papel, Madrid, 2004.
3 Francisco, Laudato Si, 142, p. 131. Se sigue la edición de San Pablo, 2015.
4 Ídem., 155, p. 142.
5 Ídem., 157, p. 143.
6 Ídem., 159-162, pp. 144-147.
7 Ídem., 158 y 231, p. 144 y pp. 202-203

da contra los múltiples ataques a que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano. Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida». En la familia se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida, como por ejemplo el uso correcto de las cosas, el orden y la limpieza, el respeto al ecosistema local y la protección de todos los seres creados. La familia es el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal. En la familia se aprende a pedir permiso sin avasallar, a decir «gracias» como expresión de una sentida valoración de las cosas que recibimos, a dominar la agresividad o la voracidad, y a pedir perdón cuando hacemos algún daño. Estos pequeños gestos de sincera cortesía ayudan a construir una cultura de la vida compartida y del respeto a lo que nos rodea"[8].

En *Laudato Si*[9], Francisco involucra a la familia en el ámbito de la educación ambiental, pues la educación tiene lugar principalmente, intensamente, en la familia. Esto implica recalcar también, en cuanto a su relación con la Creación, que la familia forma parte de ella, está dentro de ella, de una forma radical y como expresión de una armonía y belleza que aspiramos a que brille en este pequeño ensayo.

Familia: educación e intimidad

En *El lugar al que se vuelve*, el filósofo Rafael Alvira explica tres elementos constitutivos o funciones básicas de la familia[10]. Se refiere a la economía, la educación y la intimidad. Estos tres elementos nacen desde la familia, porque es primeramente en ella donde se desarrollan las personas, únicas y sociales, con alma y cuerpo.

Pero la grandeza de la familia no se limita a ciertos términos funcionales. El filósofo francés Fabrice Hadjadj ha señalado al menos en una ocasión que la familia es, ante todo, el fundamento de sus pensamientos 'familiares'. También es el principio de nuestras reflexiones.

"No es una cosa más entre las demás, sino que es un foco, y no un 'foco ciego', sino un foco radiante. (…) Un foco es también un fuego, a saber, luz y calor, y

8 Ídem., 213, pp. 189-190
9 Para completar las reflexiones de Francisco sobre la familia y la Creación, puede consultarse la exhortación apostólica Amoris Laetitia, 2016.
10 Cfr. Alvira, Rafael, El lugar al que se vuelve, Eunsa, Pamplona, 2010, pp. 41-61.

por tanto no es algo que se ilumine con otra cosa, sino que se ilumina por sí mismo, que se manifiesta por sí mismo. Quiero decir con ello que la familia, antes que ser un objeto de pensamiento, es ese algo a partir de lo cual nosotros nos hemos puesto a pensar"[11].

Quizá sea la función económica[12] de la familia la que más pueda sorprender hoy, pues la economía ha dejado de ser el *oikos nomos*, la administración del hogar, la ley propia de la casa, y después de abandonar el solar paterno se ha extraviado por caminos laberínticos. Pero, en realidad, la economía es el cuerpo de la familia. De hecho, y queda aquí apuntada esta idea, la vuelta de la economía a sus orígenes pueda ser un comienzo de solución para algunos problemas sociales graves[13]. Sin embargo, de cara a este trabajo son más relevantes las funciones básicas de la familia que tienen que ver con la propia alma de la familia, que es el amor: la educación y la intimidad.

La familia es el primer ámbito educativo[14], el lugar donde la convivencia plena forja la virtud. "La casa es el lugar de la confianza, del *diálogo*, del amor, y, por ello, el espacio por excelencia para la *educación*[15]". En la familia se descubre a los demás y se aprende la entrega a través del afecto –manifestado en las primeras caricias, en las regañinas de la adolescencia, en la mirada amorosa de los padres, en el cuidado de los enfermos y ancianos-. También se descubre en ella el mundo a partir de los primeros pasos, tambaleantes, y en el balbuceo del niño que pretende nombrar su alrededor. En su seno, cada miembro es querido por sí mismo y se practica la libertad, porque en ella hay confianza y sentido. No puede extrañar, entonces, que sea en la familia donde, además de niños, nazca la educación.

En la familia se crece hacia dentro, la vida interior tiene en ella sus primeras fecundidades. Por eso decimos que la tercera función de la familia, fruto del amor, es la intimidad[16]. Es una consecuencia del amor compartido, de la ternura recibida. La intimidad es resultado, en fin, de la entrega. De ella surgen la alegría y la contemplación, que requieren una gozosa salida hacia afuera que

11 Hadjadj, Fabrice, ¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas), Nuevo Inicio, Granada, 2015, p. 44.
12 Cfr. Alvira, Rafael, El lugar al que se vuelve, Eunsa, Pamplona, 2010, pp. 28-29, pp. 56-60, pp. 65-82.
13 Francisco en Laudato Si señala la relevancia al impacto de la economía en la naturaleza, aunque no acaba de introducir la perspectiva familiar en las acciones que propone en Política y Economía en diálogo para la plenitud humana (Cap. V, apartado IV).
14 Cfr. Alvira, Rafael, El lugar al que se vuelve, Eunsa, Pamplona, 2010, pp. 29-31 y pp. 52-56.
15 Ídem. pp. 30-31
16 Ídem., cfr. p. 31 y pp. 47-52.

sólo es posible desde los manantiales interiores, cultivados con paciencia desde los primeros días. De cara a nuestra propuesta, es crucial este origen recóndito de la contemplación.

"La intimidad, de otro lado, supone *contemplación*. Como dice Ortega y Gasset, sólo el amor se *anda con contemplaciones*. Pero la contemplación es la base de la fiesta. Festejar es alegrarse contemplativamente de la existencia de los seres queridos. Celebramos, y sólo podemos celebrar, aquello que tiene carácter de *don*, de regalo. El amor es el regalo esencial[17]".

Intimidad, educación y Creación

La educación e intimidad desarrolladas en la familia operan en lo creado, también en la naturaleza. En este sentido, y como enlace hacia nuestra propuesta educativa, podemos seguir a Francisco en *Laudato* Si, donde propone un acercamiento concreto a la Creación que pasa, como en la familia, por darse a los demás y reconocerse en el otro. "Porque no se puede proponer una relación con el ambiente aislada de la relación con las demás personas y con Dios. Sería un individualismo romántico disfrazado de belleza ecológica y un asfixiante encierro en la inmanencia[18]". Esta relación con la naturaleza implica entregarse a otras personas como comienzo de la apertura al exterior.

Esta apertura se trabaja a través de la educación ambiental, que prepara para el contacto con la grandeza de lo creado. "La educación ambiental debería disponernos a dar ese salto hacia el Misterio, donde una ética ecológica adquiere su sentido más hondo[19]". Como facetas de ese salto, a través de este ensayo proponemos la educación en el asombro, el lenguaje y la humildad; que son a su vez parte de una educación completa propia de la ecología integral que propone Francisco. Esta educación tiene, por supuesto, otras muchas facetas, pero conviene detenerse antes, para acercarse a cada una de ellas, en la lógica gozosa a la que lleva contemplar desde la familia.

"(…) la familia es el cimiento carnal de la apertura a la trascendencia. La diferencia sexual, la diferencia generacional y la diferencia entre esas dos diferencias nos enseñan a volvernos hacia el otro en tanto que otro. Es el lugar del don y de la recepción incalculable de una vida que se despliega con nosotros pero a pesar nuestro, y que siempre nos impulsa hacia adelante en el misterio de la

17 Ídem., cfr. p. 51.
18 Francisco, Laudato Si, 119, p. 111.
19 Ídem., 210, p. 187.

existencia”[20].

El asombro es necesario para entrar en contacto con lo creado. Implica detenerse para encontrar, desde la intimidad (contemplación), el destello que lleva a lo profundo de la realidad. La importancia de la familia en este sentido ha sido señalada por Catherine L’Ecuyer, divulgadora de la educación en el asombro, al afirmar que la predisposición a la belleza exige un apego seguro[21]. L’Ecuyer ha recalcado también la importancia de la sensibilidad materna para el niño[22].

En el ámbito de la educación ambiental, la necesidad de una dirección magistral a partir del asombro ha sido trabajada por Rachel Carson en El sentido del asombro. Carson, ambientalista, se hizo cargo de su sobrino Roger cuando éste apenas tenía unos meses y recogió en este libro su experiencia de educadora en la naturaleza.

“Para mantener vivo en un niño su innato sentido del asombro, sin contar con ningún don concedido por las hadas, se necesita la compañía de al menos un adulto con quien poder compartirlo, redescubriendo con él la alegría, la expectación y el misterio del mundo en que vivimos”[23].

Carson nos introduce también en la aceptación del desconocimiento. Este estado de ignorancia ha sido vivido –y quizá sentido dolorosamente- por cualquier educador que se ha enfrentado a las preguntas de un niño, pero es la consecuencia de un mundo muy rico.

“Los padres a menudo tienen un sentimiento de incompetencia cuando se enfrentan por un lado con la impaciente y sensitiva mente de un niño, y por el otro con un mundo físico de naturaleza compleja, una vida tan diversa y nada familiar, que parece imposible reducirlo para ordenarlo y conocerlo. (…) Yo sinceramente creo que para el niño, y para los padres que buscan guiarle, no es ni siquiera la mitad de importante conocer como sentir. Si los hechos son la semilla que más tarde producen el conocimiento y la sabiduría, entonces las emociones y las impresiones de los sentidos son la tierra fértil en la cual la semilla ha de crecer. Los años de la infancia son el tiempo para preparar la tierra”[24].

20 Hadjadj, Fabrice, ¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas), Nuevo Inicio, Granada, 2015, p. 44.
21 Cfr. L’Ecuyer, Catherine, “The Wonder Approach to Learning”, Frontiers in Human Neuroscience, 6 de octubre de 2014, pp. 8-10.
22 Ídem., pp. p. 5-7.
23 Carson, Rachel, El sentido del asombro, Encuentro, Madrid, 2012, p. 28.
24 Carson, Rachel, El sentido del asombro, Encuentro, Madrid, 2012, pp. 28-29.

De cara a la formación de hombres y mujeres íntegros que este ensayo propone, no cabe desdeñar tampoco el papel que la humildad –o, mejor dicho, el reconocimiento de unos límites humanos en nuestro conocimiento de la naturaleza-, juegan en la virtud y las consecuencias que tienen en el respeto a la naturaleza amenazada. El propio Francisco lo recuerda en *Laudato Si*:

"La desaparición de la humildad, en un ser humano desaforadamente entusiasmado con la posibilidad de dominarlo todo sin límite alguno, sólo puede terminar dañando a la sociedad y al ambiente"[25].

Acerca del desconocimiento de parte de la realidad y el lenguaje, la tercera de las caras de nuestra propuesta educativa, ha escrito el granjero Wendell Berry, de Henry County, en Kentucky. Defiende combinar el arte y la ciencia para acercarse con respeto a la naturaleza Por ejemplo, en La vida es un milagro, Berry propone una relación armónica con la naturaleza que implica devoción por lo creado. Esto requiere un lenguaje[26] adecuado, que exprese este afecto, lo que nos remonta, por cierto, otra vez al Génesis, cuando el hombre hubo de nombrar al mundo. Esta larga tradición de nombrar a las cosas, emparenta a Adán y Eva, con el niño que balbucea y con los poetas verdaderos y los convierte –a nuestros primeros padres, a los niños y a los poetas verdaderos- en miembros de un curioso gremio que trabaja con materiales únicos. Su oficio es el de designar la realidad y, aunque nombrar el mundo es una forma de domesticarlo, es importante insistir en que no es lo mismo domesticar que dominar.

"(…) nos encontramos con un gran número de personas sinceramente preocupadas, que nos llaman a 'salvar' un mundo que su mismo lenguaje, sin embargo, y al mismo tiempo, reduce a un inmenso bricolaje de 'ecosistemas', de 'organismos', de 'entornos', de 'mecanismos', y de cosas similares, absolutamente carentes de rasgos propios y de espíritu. Es imposible representarse la salvación del mundo con el mismo lenguaje con el que el mundo ha sido desmembrado y desfigurado"[27].

Alarmado por el mismo problema, Fabrice Hadjadj describe el "paradigma del meccano" como una ebriedad de maquinismo, una ceguera a la realidad com-

25 Francisco, Laudato Si, 224, p. 198.
26 Berry desprecia la expresión "medio ambiente" porque separa a la criatura de la realidad. En este sentido, tampoco es aventurado comparar sus intenciones con la idea de ecología integral de Francisco en Laudato Si, que desafía la concepción de la naturaleza como medio. Cfr. Francisco, Laudato Si, cap. IV y Berry, Wendell, La vida es un milagro, Nuevo Inicio, Granada, 2013, p. 174.
27 Berry, Wendell, La vida es un milagro, Nuevo Inicio, Granada, 2013, p. 20.

pleta: “Cuando les preguntan ¿qué es una mujer?, ellos responden XX, y ya no cantan a la grupa de Afrodita ni a los senos de Marie. Cuando les preguntan ¿qué es un mongólico?, diagnostican la trisomía del par 21, y ya no perciben el pequeño y risueño rostro, de ojos rasgos, que está ante ellos”[28].

“La naturaleza ya no se presenta a través de formas generosas (cuya floración acompañamos, sin más), sino que se descompone en elementos de construcción. Más que ser admirada, es administrada. Más que ser comprendida en su promesa, es sometida a nuestro prometeísmo. Ya no conseguimos reconocer en ella el don originario del nacimiento”[29].

El paradigma del meccano, a la postre, no abarca el milagro de la vida ni la grandeza de la naturaleza y la familia, que nos sobrepasan. En realidad, los niños no se fabrican, se hacen nacer, de la misma manera que el filósofo desvela la realidad. (Sócrates comparaba el diálogo filosófico con un parto). Además, todo sucede en el lugar que no se escoge, la familia, primera escuela de aceptación de una realidad[30] que, como el nacimiento, no se elige[31].

Educar en el asombro, como educar la ignorancia y el lenguaje, implican reconocerse para salir de uno mismo y resultan, a la postre, una invitación a reconocer también al otro, y, por lo tanto, a la amistad, la hermandad y la integración. ¿Existe un lugar más imperfectamente perfecto que la familia para percatarse de ello y actuar en consecuencia?

C.V.L.

28 Hadjadj, Fabrice, ¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores (y otras consideraciones ultrasexistas), Nuevo Inicio, Granada, 2015, p. 162.
29 Ídem., cfr. p. 167.
30 Ídem. cfr. pp. 155-158.
31 Ídem., cfr. pp. 144-145

Una nueva vía a la regeneración democrática

El sistema democrático español está enfermo. La democracia surgida tras la Transición está padeciendo desde hace años los constantes ataques de un virus interno que encamina su destino hacía lugares inhóspitos y oscuros. El establishment junto con sus aliados europeos intenta hacer ver a la sociedad que la crisis democrática es pasajera, siendo una mera consecuencia de la crisis económica del 2008. ¿Pero a quién quieren engañar? ¿Piensan que toda la sociedad está alienada? A veces, por no decir siempre, los partidos políticos se creen que el colectivo humano es ignorante e irracional, siendo unas meras marionetas en su poder que no tienen capacidad de racionalizar por si mismos ni realizar acciones contra sus intereses partidistas. Pero subestiman a la sociedad, el propio sistema ha errado al pensar que no existen individuos con suficientes capacidades para darse cuenta del origen de los problemas. Existen y se hallan ciudadanos cívicos y racionales con suficientes herramientas para no convertirse en instrumentos del capitalismo, conformándose como la nueva contravanguardia frente la exacerbación ilustrada.

El ciudadano cívico y culto al cual aspiraban teóricos como J.S Mill, H.D Thoreau e incluso el mismísimo Don Carlos Hugo de Borbón y Parma, es aquel que no se doblega frente a las instancias ni fábulas emanadas desde las diversas palestras. Estos sujetos autoconscientes de su ser y desarrollados son aquellos que se dicen a sí mismos "*Soy de estirpe demasiado elevada para convertirme en un esclavo, en un subalterno sometido a una tutela en un servidor dócil*"[1] y llegan a la conclusión de que los problemas del sistema democrático no nacen de las crisis cíclicas del capitalismo, sino del virus interno plasmado en las crisis de representatividad de los partidos políticos y el Parlamento; y el dominio despótico del poder por parte de los actores sociopolíticos y económicos.

Los partidos políticos del sistema español alzan la bandera de ser los representantes y protectores de los intereses y demandas de los ciudadanos españoles, pero parecen olvidarse de que la sociedad les ha dado la espalda. Desde hace décadas se plasma en el espectro de la política una incipiente crisis de representatividad, en la cual los propios partidos son las organizaciones más criticadas por la opinión pública. Los ciudadanos lanzan consignas despectivas hacia estas plataformas, valorándolos negativamente y situándolos como una

1 Thoreau. D. H. (2012): Desobediencia civil y otros escritos. Madrid. Alianza Editorial. Pp. 87

de las barreras a la hora de intentar la regeneración democrática. En vez de ser contemplados como un canal o cuerpo intermedio entre los representantes y representados, es una organización elitista que se sirve de los electores para ganar elecciones y mantenerse en el poder; siendo los intereses del grupo lo primordial, mientras los del país lo secundario.

Acompañando a la crisis de representatividad entre la relación ciudadano-político, se localiza la crisis del parlamentarismo. La supuesta Cámara del Pueblo ha dejado de realizar las funciones teóricas: representativa, legislativa y de control. La función legislativa ha dejado de ser la vanguardia del parlamentarismo, mudando en un mero obstáculo por su ineficacia por resolver y adaptarse a los cambios sociales. A ello se le une la falta de representatividad, la cual encuentra sus problemas en la representatividad individual y nacional. Lo individual reduce al ciudadano a un simple individuo aislado, masificado y manipulado, mientras la representatividad nacional provoca que el conjunto de los elegidos represente a toda la nación a través del órgano monopolizador de la soberanía. El elegido es de la nación entera, por lo tanto no puede ser el portavoz del mandato imperativo a causa de su no representación de los intereses de los electos sino como delegado de toda la nación. Por último la función de control se ha visto eclipsada por la mayor efectividad y eficacia de los medios de comunicación. En definitiva, el Parlamento ha acabado deformándose en un zoológico donde los diversos diputados de los grupos parlamentarios van a realizar sus obras teatrales para contentar al público que ha pagado su entrada, en este caso todo contribuyente de la nación.

Sintetizando lo expuesto en los anteriores parágrafos, el problema de la crisis de la democracia son las bases sobre las cuales se asienta el propio modelo liberal. La regeneración democrática no puede iniciarse ni liderarse desde los valores del liberalismo, ya que eso significaría poner más leña en el fuego que deseamos extinguir. El objetivo es la instauración de una democracia participativa, donde el ciudadano no sea un mero voto, sino un individuo con libertad para participar, ya que "*la democracia no es sólo votar; es, sobre todo, participar.*"[2]. Pero la cuestión es, si el sistema liberal no puede concedernos un nuevo modelo, ¿qué sistema podrá? A primera vista la respuesta puede parecer inexistente e incluso difícil de buscar y crear, pero no lo es si realmente se tiene la vacuna para acabar con la pandemia. La solución es la implementación de una democracia participativa donde los cuerpos intermedios sean el eje central a la hora de articular un sistema donde los ciudadanos ejerzan sus derechos y libertades

2 Borbón Parma, C.H (1977): La vía Carlista al Socialismo Autogestionario. Barcelona: Grijalbo. Pp. 341

políticas.
El carlismo autogestionario formula una democracia participativa que busca una intensa participación de los ciudadanos en la dirección, decisión y planificación del desarrollo social, con la finalidad de liberar la capacidad creadora de las comunidades y los individuos. Un sistema salvaguardado por un Estado socialista de autogestión "*que renuncia a ser el único representante de los ciudadanos y renuncia a administrar a los ciudadanos y a las comunidades humanas como si fueran simples sujetos del Estado*"[3]. La organización estatal no contempla al individuo como una pieza más de la organización, sino como un alma libre que deberá de autogobernarse y autogestionarse dentro de los parámetros de la colectividad social. El socialismo que propugnan otorga a la sociedad un instrumento a través del cual la sociedad se autogobierne y autogestione desde la raíz hasta la cumbre, haciendo a todos los individuos de la sociedad partícipes en el sistema de gobernanza.
Esta democracia participativa se cimienta en base a una serie de principios que constituyen el tronco del sistema democrático:

- Principio de igualdad: igualdad de condiciones entre los diversos pueblos que conforman la Nación española.
- Principio de personalidad social y política entre comunidades: la personalidad social es una herencia popular.
- Principio de subsidiariedad
- Principio de autoridad democrática pactada: existencia de niveles superiores para resolver los problemas que no pueden solucionarse en los niveles inferiores.
- Principio de propiedad social de los medios de producción: prioridad para el bien común; la justicia y libertad humana.
- Principio de Estado como representación de la soberanía social: defensa del individuo que reconozca la soberanía social como instrumento de la comunidad.

La democracia foral participativa establece el núcleo de la soberanía social, es decir, la autoridad democrática en las comunidades fundamentales que cimientan las bases sociológicas del ser humano: la vecindad, el municipio, la comarca y las nacionalidades. Estos entes intermedios de la sociedad civil cimientan el camino de la libre participación política en la vida colectiva, asegurando que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y libertades políticas, regionales y sindicales en comunidad.

La opción planteada por el carlismo, sitúa el centro de la política en las asam-

3 Borbón y Parma, C.H (1974): Mensaje de Don Carlos Hugo al Montejurra

bleas representativas: territoriales, ideológicas y sindicales. Unas asambleas jerarquizadas de abajo-arriba donde en cada nivel se reflejan las realidades sociales y se encuentran representadas todas ellas en su diversidad, siendo representadas en su conjunto.

En definitiva, una regeneración democrática desde la vía carlista permitiría eliminar los mecanismos electorales y políticos, permitiendo una mayor democratización del partido, una mayor libertad del ciudadano y una mayor significación democrática del voto. Generando una representación colectiva de la sociedad, canalizada a través de la soberanía social. Es la comprensión de la existencia de una serie de niveles sociales que en su conjunto conforman la nación y representan los intereses de los diversos colectivos constituyentes. Es la conclusión de que como "…, una nación es más que nunca un marco de convivencia, no sólo de individuos, sino de toda clase de comunidades o grupos humanos, políticos, sociales o económicos a través de los cuales se realiza hoy la vida de la sociedad moderna nacional."[4]

Alejandro Jurodovich Madrid

4 Borbón Parma, C.H (1977): La vía Carlista al Socialismo Autogestionario. Barcelona: Grijalbo. Pp.298

Ucrania y Crimea: otro punto de vista más completo del que nos han vendido

La reciente reunión del G-7 (antes G-8 por la asistencia de Rusia) ha propiciado varios encontronazos entre los "aliados", uno de ellos porque el presidente de los Estados Unidos ha sugerido la vuelta de Rusia a dicho club. La asistencia al mismo de Rusia estaba justificada por la potencia de su economía nacional y porque en estos foros suele tenerse en cuenta la realidad mundial, pues sólo así puede llegarse a algo positivo, y no los condicionamientos ideológicos. Eso fue lo que hizo que la China nacionalista de Taipéi desapareciera de la ONU como uno de los cinco grandes, y su lugar fuera ocupado por la China de Pekín, el último gigante emergente. Los razonamientos hipócritas de los otros seis, (6+USA =G-7), estaban basados en la actitud rusa con Ucrania y sobre todo con Crimea. ¿Qué hacían esos mismos o dónde miraban cuando la URSS aplastó a Hungría o cuando alguien abortó "la Primavera de Praga"? Por eso mismo pretendo dar un poco de luz al problema de Ucrania, y por ende de Crimea, en el contexto temporal actual y, luego, que cada cual juzgue. Por mi parte adelantaré que no sé quién tiene razón (caso de que alguien la tenga), lo que sí sé, es quien no la tiene.

Resumiré esta parte de la historia de Rusia para decir que el Rus de Moscú siempre se ha considerado como consecuencia y heredero del Rus de Kiev. Sí, la palabra ruso viene de "rus" que sería algo parecido a kanato; esto es, el territorio dominado por un kan.

En el siglo XIII el Rus de Kiev es asolado por la Horda de Oro mandada por el mongol Subotai y a través de diversas peripecias históricas se llega a que el Rus de Moscú herede la hegemonía y el predicamento que tenía Kiev. La mayor parte de los historiadores asignan a la invasión mongola un papel importante en el surgimiento y desarrollo del Principado de Moscovia (Moscú) de tal manera que éste se considerará heredero del de Kiev.

¿Cuál sería nuestra visión de la jugada si Asturias pretendiera independizarse? Pues así perciben los rusos todo lo que concierne a Ucrania.

Cuando ya Rusia empieza a expandirse en un terreno que llamaríamos tierras

lógicas o naturales de expansión, llega de nuevo al sur que es lo más fácil a pesar de las dificultades y se expande posteriormente al oeste. En su expansión hacia el sur se topará con el mar Negro y el imperio otomano y en su expansión hacia el oeste con lo que hoy llamaríamos países occidentales; pero en los dos casos se encuentra las puertas cerradas por lo que la única salida de expansión fácil la tendrá hacia el este, hasta que llegue a Vladivostok.

Cuando termine su expansión, que la convierte en el país de mayor extensión del mundo, se encontrará con un problema con el que ya se había topado antes, pero que siendo importante no era acuciante pues esperaba que su expansión hacia el este le aminorase el problema. SU SALIDA A LOS MARES CÁLIDOS y abiertos.

El imperio ruso se encontró con que tenía miles de kilómetros de costa pero su armada tenía los movimientos limitados y controlados. Por el norte únicamente podía acceder a los mares abiertos en verano -debido a los hielos- y bordeando la península de Kola y el cabo Norte, por lo tanto controlada por Noruega. La salida por el mar Báltico no sólo está controlada por los países ribereños, sino casi cerrada por los estrechos daneses. La salida por la base de Vladisvostok al este, ya en el extremo Oriente tiene el problema de que sólo puede ser útil en verano por el mismo problema de los hielos y, cuando en verano es posible, no queda más remedio que salir al mar del Japón. Si ponemos todo esto en pasado y por tanto en los siglos XIX y XX nos encontramos que la solución menos mala es la búsqueda de una salida a los mares cálidos del sur: Mediterráneo e Índico.

Es en la búsqueda de la salida al mar Índico cuando los rusos invaden Afganistán y chocan con los británicos que estaban en la India. La famosa batalla del paso de Kliber entre rusos y británicos (que tal vez nos haya sonado en las películas de lanceros bengalíes) supuso que los británicos cerraran para siempre el paso del sur buscado por los rusos que pretendían llegar a un Pakistán bañado por el mar Índico. La guerra ruso-japonesa de 1904-05 hay que enmarcarla en las mismas pretensiones, y todas ellas terminaron en derrota rusa, lo que no resulta extraño si nos fijamos en la lejanía de las tropas rusas con relación a sus bases (evidentemente hay más motivos). Así pues, sólo queda el Mediterráneo por lo que de ello vamos a hablar a continuación.

De siempre supieron los rusos que el Mediterráneo era su más interesante salida y realmente a ello aplicarán sus mayores esfuerzos. El principado de Moscú tiene sus diferencias con el kanato de Crimea, que terminan cuando Catalina la Grande anexiona Crimea a lo que hoy llamaríamos Rusia. Olvidando los detalles

de cómo se llega hasta 1853, nos encontramos con que el Zar Alejandro I quiere aprovechar la debilidad de los turcos y apoderarse del Bósforo y los Dardanelos para, supuestamente, liberar a Grecia y los Balcanes, básicamente ortodoxos (buena excusa). Los británicos y franceses salieron en defensa de sus intereses en Oriente Próximo so pretexto de defender a los turcos con lo que además pretendían evitar que los rusos tuvieran paso franco por los Dardanelos (la excusa utilizada fue tan buena como la de los rusos). De dicha guerra, LA GUERRA DE CRIMEA, que terminó con la derrota rusa, destacaremos el sitio de Sebastopol donde ya se ubicaba la escuadra rusa. La cinematográfica batalla de "la carga de la Brigada de Ligera" fue una anécdota (una 600 bajas inglesas) al lado de los miles que hubo por ambos lados; inauditos para la época. Por cierto, en la misma intervino como mercenario (le llamaban asesor, todo ello en nombre de la libertad) cierto general Prim al que los turcos forraron el dinero. Es interesante resaltar que antes de que Crimea fuera rusa, ya en tiempos de Catalina la Grande, Ucrania ya formaba parte de lo que hoy llamaríamos Rusia.

El miedo de Occidente a la salida de Rusia por los Dardanelos era tal que al terminar la Gran Guerra (la I Guerra Mundial), cuando cae el Imperio Otomano y sea crea la República Turca de Kemal Atatürk (masón por cierto y que murió de una enfermedad venérea), se arrebatan a Turquía las islas que en buen derecho internacional del mar le correspondían en el Egeo -según la línea media equidistante en cada punto a ambas costas- y son asignadas a Grecia. Solamente aquellas islas pegadas a la costa de Anatolia y que están a una distancia menor de tres millas (el alcance del cañón) serán territorio turco. Me estoy refiriendo al control o soberanía de un terreno que en algún modo constituye un tapón y que, llegado el caso, permite controlar e incluso cerrar la dirección mar Negro-Mediterráneo, no a los acuerdos internacionales que regulan el paso según la Convención de Lausana 1923 de la SDN o su modificación por la Convención de Montreux de 20 de julio de 1936 y por supuesto lo relativo al paso inocente, etc. Por si fuera poco, ya la URSS – en Postdam- exigió que la defensa de esos estrechos fuera hecha únicamente por los países ribereños del mar Negro.

Siguiendo con lo nuestro, hay que volver a incidir en que desde la época de los zares Ucrania y Crimea tenían administración diferente. Por ese motivo, siguiendo los avatares de la revolución rusa y la peculiaridad de la URSS, Crimea, o mejor el "oblast" de Crimea, estaba integrada en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia desde la creación de la URSS en 1921, y es en 1954 cuando esta República Soviética Rusa cede Crimea a la República Socialista de Ucrania por una cuestión de mejor abastecimiento de dicha península; mucho más fácil desde Ucrania que desde Rusia. Esto no ocultará el resentimiento ucraniano

contra los rusos por las atrocidades cometidas allí por el Ejército Soviético durante la II Guerra Mundial (los rusos no, los soviéticos hicieron las atrocidades).

Dado que estamos a punto de la implosión de la URSS y de lo que ello se deriva para Rusia vamos a recapitular lo hasta ahora visto:

-El principado de Moscovia (antes Rus o kanato de Moscovia) que da lugar al imperio de los zares, se considera heredero de la Rus o kanato de Kiev.

-Los zares en su expansión hacia el sur integran posteriormente a Ucrania, cuya capital es Kiev, a la vez que se apoderan de la península de Crimea, la cual con administración distinta a Ucrania ya depende de la Vieja Rusia.

-Durante la II Guerra Mundial, el Ejército soviético hará en Crimea auténticas crueldades que quedarán en la memoria de los ucranianos y proyectarán este resentimiento sobre los rusos.

-En 1954, en el marco de que nada de lo que conocemos hoy era previsible y a fin de favorecer la aportación de distintos servicios a los habitantes de Crimea, se desgaja ésta de la República Rusa y se la anexiona a Ucrania.

Cuando la implosión de la URSS era inevitable y la caída del muro de Berlín era sólo la primera fase, hay un acuerdo entre Reagan y Gorbachov en el que se establecía que el movimiento hacia el este de las fronteras de la OTAN nunca supondría una amenaza para Rusia, de tal forma que Ucrania no entraría en su esfera de influencia de la OTAN. En ese contexto se creó hacia 1994 el movimiento denominado en francés (le Partenariat pour la Paix) y en inglés (Partnership for peace –PfP-) cuya finalidad era, de cara a la galería, asociar y reunir a los países del centro de Europa que habían pertenecido al Bloque del Este a fin de ir preparando su ingreso en la OTAN, a la vez de que se enviaba a Rusia el mensaje de que este movimiento de fronteras no suponía una amenaza a la misma. Huelga decir que, por tanto, Ucrania nunca perteneció a esta asociación como tampoco Bielorrusia (que es la única dictadura “manifiesta” que existe en Europa).

Cuando en 2013 se inician las protestas en la plaza de Maidan (alentadas por Europa, de espontáneas nada) era presidente de Ucrania el pro-ruso Víctor Yanukovich; los hechos posteriores –un auténtico golpe de Estado- producen la caída por la fuerza del presidente Yanukovich (recordemos las imágenes del asalto al palacio Presidencial) y su posterior refugio en Rusia. Europa, aprovechando el resquemor ucraniano hacia los rusos, olvida, o no, el principio básico

de Derecho Internacional: “pacta sunt servanda” (los pactos han de guardarse o los pactos han de cumplirse). Con la llegada de un nuevo Presidente pro-occidental, pro-OTAN y llegado como consecuencia de un golpe de Estado, Rusia no va a permitir primero: que Crimea, que como paquete completo se fue con Ucrania, deje de ser del algún modo rusa como siempre lo había sido; segundo: que al ser Sebastopol base de su flota del mar Negro tenga ésta que irse de allí; tercero: que se le cierre, por tanto, la salida al Mediterráneo por los Dardanelos y cuarto: que a todas las partes incumplidoras les salga gratis el incumplimiento, por lo que la región ucraniana limítrofe con Rusia se la ha anexionado de facto, recuperando previamente Crimea. Por último no conviene olvidar que tanto Ucrania como Rusia también son Europa.

Espero que con un poco más de luz, de la mucha que nos han hurtado, podáis haceros una opinión más acertada sobre el tema.

L. S.

Todos juntos en unión

División, división y más división. El mal endémico del carlismo.

No deja de ser paradójico que un movimiento, que en las primeras líneas de su himno se canta “todos juntos en unión, defendiendo la bandera de la Santa Tradición”, esté dividido y fragmentado en múltiples grupúsculos y organizaciones, siendo esa multiplicidad una de sus mayores debilidades.

La división del carlismo, arranca ya desde sus primeros días, en la Guerra de los Siete Años (1833-1840), cuando dentro del carlismo ya había varías tendencias que, siguiendo todas ellas con lealtad a D. Carlos V, cada una tenía unas prioridades o preferencias diferentes a la hora de abarcar los problemas con que se iba encontrando aquel protocarlismo. Cierto es que en las filas liberales existían las mismas divisiones, pero el control del poder amansa a las fieras. Y doscientos años de poder las amansa mucho más.

¿Pero cómo no va a ser normal esta diferencia si el carlismo es, a la postre, la verdadera España, la España Tradicional? Si, sentados en la mesa familiar cualquier domingo, a la que acuden los más allegados, siempre hay discrepancias sobre las cuestiones cotidianas más sencillas, ¿cómo pretendemos que millones y millones de personas tengan un pensamiento único frente a problemas como la vertebración territorial, las expresiones para explicar la doctrina, el papel de la religión en la vida pública, y cuestiones de relevancia similar? Esto, señores y señoras, ni ha sucedido en la historia vez alguna, ni sucederá. Y menos en un país de “sangre caliente” como es España.

Voy intentar llegar a las raíces del problema, analizar las causas, y lo más importante, proponer soluciones. Porque si una cosa tengo clara es que no veremos “al Rey de España en la Corte de Madrid” hasta que no trabajemos “todos juntos en unión”.

Intentando encontrar alguna explicación para tal situación, nos encontramos las siguientes realidades:

1.- Carencia, en su inicio, de un corpus doctrinal unificado. El carlismo nace de una situación coyuntural de extrema gravedad, como fue la revolución liberal, que explota entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El día que D. Carlos V se proclama Rey Legítimo de Las Españas y la mayoría de la población

abraza su causa, existen múltiples motivos para ello. En otras palabras, no había una doctrina definida, sino que, en el devenir de los años fue cristalizando esa variedad y multitud de razones individuales, más o menos comunes, que hicieron que el pueblo llano, mayoritariamente, defendiera la bandera de D. Carlos V. Toda esta doctrina acaba materializándose en el lema Dios, Patria, Fueros y Rey.

Es entonces cuando los sucesivos pensadores tradicionalistas dan contenido a ese lema, siempre al amparo de los tiempos que les tocaba vivir, aportando soluciones en función de lo que habían vivido en sus casas, o habían aprendido en sus mayores. El pensamiento tradicionalista en Las Españas nunca fue rígido ni estático, y tuvo, basándose en los valores "de siempre", la virtud de irse adaptando a las circunstancias cambiantes de cada época. Baste recordar que uno de los mayores baluartes del tradicionalismo español, Vázquez de Mella, fue la primera figura política que pidió el voto para la mujer en la segunda década del siglo XX, algo impensable un siglo antes.

2.- Cada carlista en su fuero interno, lleva un Rey Legítimo. Cada uno de nosotros tenemos, en nuestro imaginario, el pensamiento ideal de cómo debería ser el "Rey perfecto". Y lo malo no es esto. Lo malo, y este es el segundo de los problemas, es que se adopte la posición que, si el Rey no cumple todas las expectativas, no es el Rey.

En varias ocasiones se han producido escisiones dentro de nuestro movimiento debido a diferencias, por motivos más que discutibles, buscando esa pureza real. Baste recordar, a modo de ejemplo, a Nocedal en el siglo XIX y a Vázquez de Mella a principios del siglo XX.

Interminable, a la vez que irrisoria, fue la lista de "Reyes Legítimos", que aparecieron desde todas las ramas familiares, a la muerte de D. Alfonso Carlos I. Baste decir, rayando la hilaridad, que hasta D. Juan de Borbón, hijo de Alfonso, y padre de Juan Carlos (imaginen de donde sale este segundo nombre, como guiño a los carlistas), se postuló como Rey Legítimo de España durante y con posterioridad a la Guerra de 1936-1939.

3.- Dos siglos de derrotas. Es de justicia reconocer que no es fácil mantener unido a un pueblo que, guerra tras guerra, va perdiendo terreno frente a la Revolución Liberal. Y las guerras no siempre referidas a los campos de batalla. Posiblemente las derrotas más dolorosas y las más profundas no han sido precisamente en contiendas bélicas, sino fruto de la traición desde las propias filas, o, si quiere llamarse así, las filas amigas.

Tenemos los ejemplos del general Maroto en la Guerra de los Siete Años con el "Abrazo de Vergara", la defección de Cabrera en la guerra de 1872-1876, reconociendo a Alfonso; las antes referidas escisiones de Nocedal y Vázquez de Mella; y por último la elección por Franco de Juan Carlos como sucesor "a título de Rey", dando paso con la "Transición" a esta república coronada que por tan espinoso camino está conduciendo a Las Españas hasta que no se reconocen ni a sí mismas.

4.- Cambios sociopolíticos y religiosos. También hemos de tener en cuenta los cambios, a velocidad vertiginosa, que se han producido en el mundo en estos dos siglos. Cambios radicales en la sociedad, con la industrialización de la misma, la adopción del capitalismo como sistema económico mundial predominante, el abandono del medio rural por la población, los avances en el seno de la Iglesia desde el Concilio Vaticano II, el surgimiento de la tecnología digital, la destrucción de los valores de la sociedad (familia, defensa de la vida, caridad, comprensión, ayuda mutua), la consolidación de la partitocracia como sistema político imperante, y otros muchos.

Otro factor es la adaptación de las personas, como decíamos antes, a los diferentes problemas, que van surgiendo en su entorno, y que exigen una solución concreta, no pudiendo buscar soluciones en una doctrina del siglo XIX, para abordar los problemas del siglo XXI. Si no encuentran esas respuestas dentro del carlismo, es lógico y normal que se busquen fuera. No es reprochable esta decisión.

Otro motivo de división sería entre los carlistas "nostálgicos" empeñados en volver a vivir en el siglo XIX, y los carlistas "progresistas" que deciden actualizar la doctrina, sin perder ni un ápice de los valores tradicionales. Siendo también cierto que, si esa actualización pierde como referencia las bases que asientan el tradicionalismo, se convierte en otra cosa, nunca carlismo. Recordemos que el lema sigue siendo Dios, Patria, Fueros y Rey. Cuatro palabras, no una, ni dos, ni tres, sino cuatro.

5.- Personalismos de los dirigentes del carlismo. Otro de los motivos que nos llevan a las múltiples divisiones dentro del carlismo son los personalismos de ciertas cúpulas dirigentes.

A lo largo de estos dos siglos han ido apareciendo y desapareciendo muchas organizaciones carlistas, al amparo de determinados personajes que pretendían defender el "verdadero carlismo". Nocedal llegó a decir de D. Carlos VII que se

había hecho liberal.

En la actualidad sigue habiendo muchos “microcosmos” carlistas con, en el mejor de los casos, algunos cientos de simpatizantes. Cada una de estas organizaciones y, en particular, sus dirigentes (no en todos los casos, pero sí de manera generalizada), prefieren ser la cabeza de algo pequeño, insignificante, que pertenecer a algo más grande, pero sin ejercer papel protagonista.

Tenemos los ejemplos de lo que fue el carloctavismo (partidarios de Carlos Pío), los “juanistas” (defensores de la legitimidad de Juan de Borbón), la Regencia de Estella (que no reconocían legitimidad alguna), etc. Todas estas ramas del carlismo, que siguen vivas, aunque con otros nombres, no hicieron sino debilitar las filas del carlismo mayoritario que siguió a D. Javier I, primero como regente, y más tarde, entronizándolo por aclamación en Barcelona. Y todas esas ramas surgieron buscando “el carlismo verdadero”, el más puro, el “de verdad”.

Más tarde vino la fatal división en la Comunión Tradicionalista (organización mayoritaria del carlismo) a causa del descontento de parte del pueblo con la línea política adoptada por D. Carlos Hugo en su afán de volver a situar al carlismo en el centro de la arena política y sacudir cualquier sombra de franquismo en sus filas. Acierto o error, no es objetivo de este escrito. El hecho objetivo es que esta situación desembocaría en una lucha fratricida entre ambas posiciones, que aún continúa en nuestros días.

Esto, repito, ya no es historia, es presente. Ya que en la actualidad todas las organizaciones carlistas existentes, numéricamente muy lejos de lo que una vez fue sentimiento predominante en España, descienden de todas y cada una de las organizaciones mencionadas en los dos párrafos anteriores.

6.- Falta de voluntad de entendimiento. Ligado con lo anterior, los carlistas, tienen muchos prejuicios, fruto de las cinco causas anteriores. Al igual que todos los carlistas llevamos un Rey Legítimo dentro, todos sentimos nuestro carlismo como el mejor, el único; y el que no piense así, no es digno de llamarse carlista.

Hasta el momento no existe, como ya he expuesto en repetidas ocasiones, un carlismo puro y verdadero, ya que cada carlista, se puede sentir así mismo como el mejor de los carlistas, siempre, y esto es importante, que tenga claros los cuatro principios que deben ser la raíz de su pensamiento. Igual que defendemos que fuera de esos cuatro bastiones no existe carlismo, dentro de ellos cualquier persona es libre de considerarse tradicionalista, y de vivir ese carlismo

a su modo, según sus propias experiencias personales, entorno familiar y socio-laboral, región, necesidades y expectativas.

Dicho esto, nadie puede otorgarse el derecho de llamarse carlista, y negarle ese derecho al de al lado, milite donde milite y piense como piense, dentro de los límites precitados. Todas las organizaciones carlistas, que nominal o doctrinalmente se entiendan como tales, son igual de válidas que el resto.

Debemos intentar tener acercamiento y acudir a actos de las organizaciones carlistas, donde seguramente descubramos que ni unos son rojos, ni otros fachas, ni otros integristas. Simplemente cada uno, como ha quedado plasmado de manera asaz anteriormente, vive su carlismo conforme a su propia vida. Todos somos igual de carlistas, y para iniciar un diálogo de encuentro, lo primero que hay que hacer es querer encontrarse.

Si las posiciones empiezan "yo no tengo nada que ver son esos", o "cuando reconozcan tal o cual cosa empezaremos a hablar", pues claro, así no es que el diálogo empiece mal, sino que directamente, ni siquiera empieza. Es necesario practicar un poco de empatía e interesarse, no ya en lo que piensa el otro (que seguramente se parece más a lo que pienso yo de lo que creo), sino, porqué lo piensa, o porqué lo expresa de esa manera.

Dicho lo cual, y a riesgo de haberme extendido en exceso, debido a lo expuesto hasta ahora, llegamos a día de hoy con un carlismo que, a nivel organizativo, reúne las siguientes características:

1.- Desmovilización general. La gran mayoría del carlismo se encuentra en su casa, esperando una solución "unificadora" que termine con las precitadas divisiones.

2.- Radicalización. Las diferentes, posturas, lejos de suavizarse, se han radicalizado prácticamente en un "o conmigo o contra mí".

3.- Endogamia. El carlismo corre riesgo de convertirse en algo de consumo interno para los propios carlistas, que lo vienen siendo por tradición familiar, dificultando la llegada de nuevas generaciones que, necesariamente, han de llegar desde fuera de nuestras filas.

Llegados a este punto, ¿qué podemos hacer los carlistas? para que, realmente, la tradición siga siendo una opción para recoger a los millones de españoles

instalados en el malminorismo y que hoy en día no son carlistas simplemente porque no nos conocen.

Para esto, y recordando que el carlismo representa la verdadera España, o lo que queda de ella, y tiene unas bases que no podemos obviar, se deberían tener en cuenta las siguientes premisas:

1.- Voluntad de diálogo. Para que dos, o más, partes, se pongan de acuerdo en algo, lo primero que se necesita es que todas esas partes se quieran poner de acuerdo. Es decir, voluntad de diálogo, de entendimiento, de empatía, con el resto de las partes. Si nuestra posición de salida tiene que ser la posición de llegada del resto, sin cesión alguna, ya nos podemos ahorrar cualquier esfuerzo. Si no nos ponemos "en el lugar del otro", como corresponde como cristianos, será imposible avanzar en cualquier dirección positiva.

En este encuentro en lo común existen dos posturas que todos debemos adoptar. La primera es potenciar los aspectos que nos unen. Y en segundo lugar, dejar de lado, al menos de momento, las cosas que nos pueden separar a priori. Cuando nos demos cuenta de que todo lo que nos une es muchísimo más que lo que nos separa, el resto caerá por su propio peso.

2.- Renunciar a egoísmos personales buscando el bien común. Como comentamos anteriormente, gran parte de la responsabilidad de la división viene dada por el "status" que han adquirido determinadas cúpulas dirigentes de algunas organizaciones carlistas. Es socialmente más agradecido ser un cargo, aunque sea de algo pequeño, que ser un simple militante en una organización grande. Por eso es difícil, nadie lo niega, abandonar la relevancia social que puede conllevar esos puestos y ser capaces de pasar a una segunda línea de poder, o simplemente dejar el poder, si nuestros servicios ya no son necesarios.

Lo que se pretende es trabajar por la unidad, dentro de la diversidad, del pueblo carlista, que es lo mismo que decir de Las Españas. Trabajo hay por hacer, demasiado, y somos demasiado pocos. Tenemos que ser generosos y trabajar donde haga falta, y no donde nosotros queremos, o donde hemos estado siempre. Dios pone a cada uno en su lugar y la recompensa, seguramente no nos llegue en esta vida. Pero nos presentaremos ante el Padre "con los deberes hechos".

3.- Enterrar las rencillas del pasado. Tenemos que ser capaces de hacer un relevo generacional en las organizaciones (si no físico, si mental, o ambos), para enterrar de una vez por todas las rencillas que hubo en el pasado, que sólo se

recuerdan por los ya ancianos o por lo que leemos en los libros de historia. Por lo explicado en los primeros puntos, hubo muchas heridas del pasado, que debemos ser capaces de cerrar ya.

A muchos carlistas no nos importa lo que sucedió hace cincuenta u ochenta años, porque estar recordándonos a nosotros mismos los errores cometidos lo único que beneficia es a nuestros enemigos, los liberales, que si son tan fuertes ahora mismo es precisamente por esos errores nuestros y nuestras divisiones. Seamos capaces de ver la viga en nuestro ojo antes de la paja en ojo ajeno. Como humanos nos equivocamos, y como cristianos, nos perdonamos. No hay vencedores ni vencidos, sólo hermanos que han reñido y han sido capaces de reencontrarse en el camino.

4.- Buscar términos con los que todos nos encontremos identificados. Fruto de esos doscientos años de revolución, hay términos que históricamente se han utilizado por el carlismo, pero hoy en día están totalmente en desuso. Coyunturalmente, se han incorporado, al menos por una parte de los carlistas, otros términos de origen revolucionario, o sin serlo, por su utilización en el contexto liberal en el que vivimos han quedado totalmente desnaturalizados o directamente prostituidos.

Por tanto, debemos ser, una vez más, originales, creativos, y encontrar la manera de entendernos con términos que todos entendamos de una manera clara y, lo más importante, cuando salgamos a la sociedad a explicarlos, que no admitan duda que lo que representamos no tiene nada que ver con lo que hay hoy en día en el panorama sociopolítico.

Tenemos léxico suficiente (y si no, se inventa, como ya se ha hecho por pensadores tradicionalistas), como para que no nos confundan, ni confundirnos.

5.- Ser consecuentes con la cosmovisón carlista de la sociedad. Como se ha repetido insistentemente, no hay carlismo fuera de los límites de nuestro lema tradicional. Será otra cosa, respetable, amigable, parecida, pero no carlismo.

Por lo tanto, y como último garante y defensor de esa cosmovisión está el Rey. No hay carlismo sin Rey. El carlismo es el nombre que el legitimismo adopta en España por identificación de los partidarios del primer Rey que enarboló nuestra bandera frente a la revolución liberal. Del mismo modo que no hay carlismo sin Rey, no hay Rey sin pueblo. Seamos leales al Rey, y él estará ligado por su juramento a serlo con nosotros.

Se han intentado muchos experimentos para justificar la no presencia de la figura del Rey (regencia, accidentalismo, tronovacantismo), y el tiempo ha demostrado que todos han resultado un fracaso en la práctica.

Así que, como punto y nexo de unión entre todas las sensibilidades e inquietudes que han existido, existen, y existirán dentro del carlismo, el Rey ejerce de argamasa que las mantiene unidas, las dirige, representa, y defiende, conforme a las obligaciones derivadas del pacto Dinastía–Pueblo. El pueblo debe lealtad a su Rey, y éste a su vez, al pueblo.

A continuación, expongo lo que, humildemente, pretende ser una propuesta de reflexión y punto de partida para todos los carlistas, encuadrados o no en alguna organización política, que nos saque de nuestras verdades absolutas y nos dirija de nuevo hacia un camino común. Porque el carlismo sólo ha sido grande cuando ha estado unido.

Dios. El carlismo es un movimiento político católico. Ergo, como tal, los carlistas debemos obediencia moral a la Iglesia de Roma. Como dijo claramente el Rey Carlos VII, que el carlismo "no daré un paso más adelante ni más atrás que la iglesia de Jesucristo". Cuestiones como la Unidad Católica, o la confesionalidad del Estado, no pueden ser exigencias "sine quanon" cuando la propia Iglesia las tiene por superadas. Debemos ser conscientes que vivimos en una sociedad que, en su conjunto, ha renegado de su fe. Esto debe suponer, no una renuncia, sino un acicate para perseverar en nuestros principios, pero siendo conscientes del entorno en que debemos exponer nuestro ideario.

Patria. Huyendo de los nacionalismos (hijos de la revolución liberal), el carlismo entiende la patria como el entorno en que nacemos y vivimos, la naturaleza que nos alimenta, las tierras que nos legan nuestros mayores y estamos obligados a cuidar para ceder a nuestros hijos. En nuestro caso, este marco está comprendido por lo que durante siglos fue la Monarquía Hispánica y que, precisamente por los nacionalismos egoístas, se fue desintegrando. Pero no deja de ser el marco que debemos tener como referente geográfico de lo que en realidad son Las Españas.

Por lo tanto, el carlismo nunca ha defendido una unidad centralista, jacobina, de España. Sin pretender la revitalización de todos los Reinos y Territorios que conformaban Las Españas, en su configuración pasada, si debemos intentar recuperar que cada territorio de aquella Monarquía adquiera la mayor capacidad de gobierno posible. Esto, recuerdo, es lo que empujó a muchos vascos, nava-

rros, aragoneses, valencianos, catalanes, y del resto de regiones, a entregarlo todo por D. Carlos, la defensa de su Patria.

Fueros. Íntimamente ligado al anterior, los fueros son las libertades de los pueblos que conforman las Españas, que ningún poder puede traspasar o agredir. Esos fueros permiten que, aplicando el principio de subsidiariedad, sean las entidades más próximas a los ciudadanos las que se organicen, cediendo parte de ese poder a entidades superiores cuando así sea necesario, hasta llegar al gobierno del reino que, básicamente tendrá como competencias la defensa, relaciones exteriores, y materias que, por su importancia, le sean delegadas por las entidades inferiores, al no poder asumidas por éstas.

Precisamente nosotros lo que debemos defender y ser capaces de explicar, es que cuando más cercano esté el centro de poder de los ciudadanos, más justo será, tal y como expone en repetidas ocasiones la Doctrina Social de la Iglesia.

Rey. Del mismo modo que no hay un día sin sol, no puede existir un carlismo sin Rey. La palabra no deja muchas dudas al respecto.

Dicho todo lo anterior, la intención del autor de este artículo no es otra que la de despertar conciencias, llamar a la unidad y sentar las bases de un futuro diálogo entre el pueblo carlista.

A.R.

Crónica del Día de la Dinastía Legítima

En la mañana del domingo 4 de Noviembre de 2018, Don Carlos Javier de Borbón Parma, acompañado de su hermano Don Jaime y de su tía Doña María Teresa, presidió los actos carlistas organizados en Madrid por la Asociación 16 de abril con motivo del Día de la Dinastía Legítima.

Los actos comenzaron a las 10.00 horas con la celebración de la Eucaristía en la madrileña parroquia de San Sebastián, sita en la calle Atocha, tras la cual el numeroso público asistente se trasladó al Hotel Tryp Atocha en uno de cuyos salones tuvo lugar el nombramiento de Caballeros y Damas de la Legitimidad Proscripta, Orden creada por el Rey Jaime III y única orden carlista existente, con la imposición de la Cruz distintiva de dicha Orden a los nuevos caballeros y damas entre los que se encuentran el Doctor don Robert Vallverdú Martí, historiador y profesor de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, que es autor de diversas obras historiográficas sobre el Carlismo catalán, y don Domingo Madolell Aragonés, antiguo líder de la primera Assemblea Lliure d'Estudiants de la Universidad de Barcelona, miembro de la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET) y represaliado por el franquismo tras las revueltas estudiantiles acaecidas en la Universidad de Barcelona en 1957.

Después del solemne acto de imposición de Cruces de la Legitimidad, Don Carlos Javier se dirigió a los asistentes en un discurso en el que, analizando los graves problemas que afronta el mundo en general y las Españas en particu-

lar, advirtió sobre las tentaciones recentralizadoras y totalitarias, frente a las cuales propuso un modelo profundamente federal, basado en el Principio de Subsidiariedad, como solución para el problema político de las Españas, una Democracia societaria articulada de abajo a arriba como mejor forma de garantizar la representación y libertad de los ciudadanos, y una economía basada en la responsabilidad social que sustituya el criterio del beneficio por el del servicio al bien común. Es decir, recordando que la alternativa carlista al sistema vigente es patrimonio común de todos los españoles, y que la misma se encuentra plenamente vigente para los tiempos de hoy. Un Carlismo del siglo XXI, para el siglo XXI.

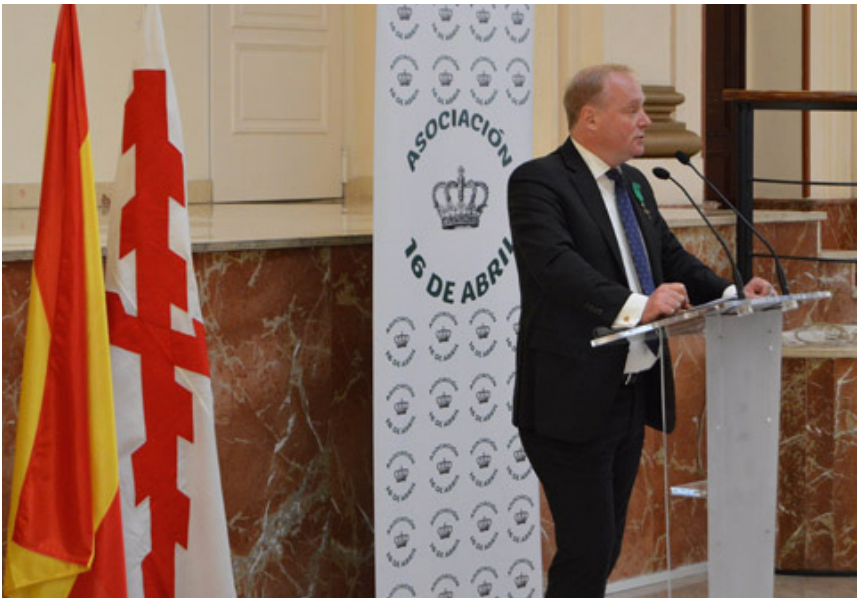
Le siguió don Robert Vallverdú, que disertó sobre la lógica evolución carlista del cuatrilema decimonónico de "Dios, Patria, Fueros y Rey" al cuatrilema de los años setenta del siglo XX de "Libertad para escoger, Socialismo para compartir, Federalismo para convivir y Autogestión para decidir" y la pervivencia del primero en el segundo siendo tal evolución propia de los organismos políticos vivos que aspiran a proponer siempre soluciones a los variables problemas políticos de un mundo en constante movimiento.

Después doña Trinidad Torres Ferrando pronunció un discurso, lleno de emotividad, recordando la tradición carlista de su familia, y manifestando su adhesión a Don Carlos Javier como el legítimo continuador de la Dinastía proscripta.

A continuación, don Manuel Fernández de Sevilla intervino afirmando que, sin entrar en polémicas sobre el debate monaquía/república, la monarquía solo se justifica si es la roca ante la cual se quiebran todas las injusticias, proponiendo un modelo federal que, entroncando con la clásica tradición política que encarnó la Monarquía Hispánica, constituya un Estado representativo de todos y cada uno de los pueblos que integran Las Españas. Asimismo abogó por un cambio en el modelo económico que prime la economía productiva sobre la especulativa en un marco de crecimiento sostenible resultando de una ceguera absoluta que se continúe sobreexplotando los recursos naturales porque al ser imposible la existencia de un crecimiento infinito en un mundo finito la actual política de crecimiento económico solo puede terminar en un colapso que sobrevendrá al agotarse los recursos naturales.

Finalmente el acto fue cerrado por don José Lázaro Ibáñez y don Ton Aluja, que reflexionaron sobre la significación política de la lucha carlista.

No obstante, Don Carlos, Don Jaime y Doña María Teresa de Borbón Parma permanecieron dos días más en Madrid para sostener diversos encuentros con distintas personalidades del mundo político, cultural y social de nuestro país.



Discurso de Don Carlos Javier

Buenos días, amigos, carlistas:

Es una alegría para mi familia y para mí, encontrarme hoy aquí en Madrid con todos vosotros. Es importante reunirse para intercambiar ideas y trabajar juntos por lo que vale la pena.

A nosotros lo que nos une es el Carlismo. El Carlismo entendido como un proyecto político y social por el que llevamos luchando más de 185 años.

¿Y porqué luchamos? Se preguntarán algunos. Luchamos por lo más importante: la Dignidad, los Derechos y las Libertades de las personas. Frente a un mundo que sólo mira al consumo y a lo instantáneo, el Carlismo sitúa a la persona y a su dignidad en el centro de todo el debate. Por ello, nos encontrarán siempre apoyando toda causa justa que defienda a la persona desde su inicio hasta el final.

Es más, históricamente los carlistas nos hemos enfrentado a todo tipo de totalitarismos. Lo hicimos en el pasado y lo volveremos a hacer si se presenta la ocasión, como lo hicieron mi abuelo Don Javier y mi padre Carlos Hugo.

El carlismo desde sus orígenes se ha enfrentado a todo tipo de "descartes". Defendió a las causas populares frente al liberalismo. Y hoy, frente al capitalismo neoliberal debemos defender la economía social de mercado.

Siguiendo el consejo del Papa Francisco, defendamos igualmente la dignidad

de todas las personas frente a la cultura permanente del descarte, entendiéndose por tal "una cultura de la exclusión de todo aquel que no esté en capacidad de producir según los términos que el liberalismo económico exacerbado ha instaurado", y que excluye "desde los animales a los seres humanos, e incluso al mismo Dios".

Cada uno en su puesto, con seriedad y haciendo bien las cosas, los carlistas estamos llamados a hacer política realista. A convencer al vecino de al lado para que se involucre en el Bien Común. A devolver su función a la política, que debe ser tarea de servicio y no de enriquecimiento personal.

El Carlismo bebe de una tradición centenaria, pero adaptándose a las circunstancias del momento para dar respuesta a los problemas de hoy. El Carlismo aprende de su larga experiencia para afrontar el futuro. No podemos permitirnos vivir del pasado, ya sea de hace 30 años o de hace 70 años, aunque haya que escribirlo para guardar esa experiencia. El carlismo debe vivirse y trabajarse desde el siglo XXI y para el siglo XXI.

El Carlismo es patrimonio de todos los españoles. Forma parte de nuestro patrimonio colectivo como pueblo.

No puedo dejar de sacar a debate circunstancias que se viven en nuestro país, que veo y analizo desde Europa donde me retienen mis obligaciones personales, por el momento. Ante estas situaciones tenemos que tener en cuenta que nuestra propuesta se basa en conceptos que desde hace 185

años el Carlismo ha ido señalando y adecuando a los tiempos. Son ideas capaces de dar una solución satisfactoria a la problemática territorial española. Estas ideas son un corpus que fijan la vigencia de las raíces y los valores frente a los vientos del presente. Recaer en la mentalidad centralizadora es levantar muros impidiendo alcanzar el proyecto carlista de Las Españas.

Por su oportunidad quiero referirme a los conceptos que marcó mi padre, Carlos Hugo, siguiendo la tradición ideológica de su padre, Don Javier, y éste de sus predecesores, y que pueden dar soluciones a algunos de los problemas actuales.

El Estado no es la fuente jurídica del poder, tan sólo el instrumento ejecutivo de la voluntad popular. Por lo tanto la fuente del poder jurídico es el pueblo.

El gobierno no puede ni debería pretender ser quien concede la libertad o las libertades del pueblo. La libertad la tiene el pueblo por sí mismo al estar formado por personas. Por esta razón es el gobierno quien se debe al

"El Carlismo entendido como un proyecto político y social por el que llevamos luchando más de 185 años."

"Luchamos por lo más importante: la Dignidad, los Derechos y las Libertades de las personas. Frente a un mundo que sólo mira al consumo y a lo instantáneo, el Carlismo sitúa a la persona y a su dignidad en el centro de todo el debate."

pueblo que representa.

El gobierno no es competente para conceder a las comunidades territoriales el derecho a su existencia, ya que estos derechos son anteriores al Estado y deben ser defendidos por el gobierno igual que las demás concreciones de la libertad humana.

En los derechos históricos de las comunidades territoriales radica uno de los núcleos de la cuestión. La sola mención de dichos derechos es una blasfemia para todos aquellos que comparten una visión unitarista del Estado. Esta posición unitarista nos llevaría a considerar que españoles, franceses o alemanes existen como tales porque el gobierno europeo les otorga el derecho de disfrutar estas nacionalidades.

El autogobierno de las comunidades territoriales no tiene porqué representar la fragmentación de un Estado, de la misma manera que la pluralidad de unos partidos políticos opuestos, o de los diferentes sindicatos obreros y federaciones empresariales, no significa tampoco desintegración alguna. Todas estas realidades cohesionan un país, sencillamente porque ayudan a resolver conflictos normales en una sociedad mediante el recurso al diálogo, no por la fuerza, y se puede considerar que constituyen un excelente instrumento de reconocimiento mutuo en la diversidad, en la concordia y en la solidaridad. Lo que significa más democracia, más participación del ciudadano y más responsabilidad del pueblo. Al contrario, el hecho de negar la existencia de estas realidades históricas, políticas y sociales

"El Carlismo bebe de una tradición centenaria, pero adaptándose a las circunstancias del momento para dar respuesta a los problemas de hoy."

"El carlismo debe vivirse y trabajarse desde el siglo XXI y para el siglo XXI."

será precisamente lo que puede llevar a un país a su división al no ver reflejado en su gobierno del mismo las inquietudes y necesidades de toda la sociedad.

Así pues la solución hay que buscarla en la Monarquía Federativa, como ya lo fue a lo largo de la Historia, y en el principio de Subsidiariedad, que promueve una construcción de la sociedad de abajo hacia arriba, y por tanto una auténtica autonomía en los niveles más bajos. No vale una reproducción del mismo Estado liberal en cada región histórica, y en lo que hoy son las Comunidades Autónomas, sino que también es necesaria una descentralización hacia las comarcas, los municipios, los grupos sociales, en cada uno de los territorios de Las Españas, porque cuánto más cercana es la política al hombre, más doméstica, más efectiva es. Además se frenaría el anhelo secesionista, que en el modelo del Estado liberal federal alentaría todavía.

"Defender la solidaridad no es afirmar que los poderes públicos deben resolver todos los problemas."

"Existe una alternativa al sistema actual español"

Amigos, permitirme que me salga unos breves momentos de la situación española y me dirija a nuestros espacios naturales de convivencia: Hispanoamérica y Europa.

Hispanoamérica. Como todos sabemos, nuestro modo de vida, tradición, lengua… abarca más que la Península Ibérica. Es decir, no somos un pueblo que se circunscribe únicamente a la Península, sino que somos hermanos, hermanos de sangre, de fe, de tradición, de idioma, de otros 20 países, con los que compartimos siglos de historia común. De todos ellos debemos aprender trabajando de tú a tú, uniendo nuestros lazos de historia hacia un futuro que puede y debe escribirse en castellano. Tenemos mucho que aprender unos de otros y debemos saltar el espacio físico que nos separa para seguir innovando, fomentando los proyectos de colaboración mutua. De estos temas mi hermano Jaime os puede contar muchísimas cosas.

Europa. ¿Qué decir del proyecto europeo en este momento? Lo primero es que no nos gusta. Es una respuesta fácil que no aporta nada, como quejarse. En segundo lugar, no responde a los fines que perseguían los fundadores. Todos lo sabemos, pero esta respuesta igualmente no aporta nada. En tercer lugar, es un proyecto necesario. Sí, pero un proyecto que en primer lugar respete las raíces

cristianas de Europa, porque sin ellas no es posible la idea de Europa. Partiendo de esas raíces podremos trabajar en la construcción de una Europa de los Pueblos, de una Europa volcada en el Bienestar Social, en definitiva, de una Europa al servicio de los hombres y las mujeres que la integran. Una Europa que ocupe su lugar en la geopolítica mundial, que devuelva al Segundo y Tercer Mundo parte de sus ganancias colaborando en el desarrollo de todos los países. No podemos negar que formamos parte de la aldea global. En cuarto lugar, el modelo de gobierno europeo no puede abolir la existencia de las naciones europeas, por la sencilla razón que fueron ellas las que lo crearon, siendo impensable que este gobierno les niegue el derecho a existir. Por consiguiente deberá aceptar sus derechos de la misma manera que en la antigua Monarquía Española y en otras monarquías europeas, en las cuales el Rey era el garante y el defensor de los derechos de las naciones que se habían unido, compartiendo el gobierno con sus representantes.

Y finalmente, la sostenibilidad. Me habéis oído hablar bastante sobre este tema en el pasado.

Hay un sector que niega la realidad del cambio climático, del problema que tenemos mundialmente, como si esta amenaza fuera una obsesión maligna que se ha apoderado de una pequeña minoría temerosa de los nuevos tiempos. Ante esta situación os invito a reflexionar. También sobre lo que representan estos tres conceptos: Ecología, Economía Circular, y Contaminación, y las consecuencias de no tenerlos en cuenta.

De esta problemática nace la gran importancia que atribuimos a las conductas solidarias. Pero defender la solidaridad no es afirmar que los poderes públicos deben resolver todos los problemas. Eso sería recaer en el absolutismo que nosotros hemos combatido siempre. Pero la limitación del Estado que nosotros defendemos no debe suponer que la gestión del Bien Común recaiga exclusivamente en los individuos.

Amigos, como conclusión: Hoy estamos aquí para demostrar otra vez más que existe una alternativa al sistema actual español. Y análogamente al europeo. Una alternativa que bebe de una tradición de más de 185 años de historia, que sigue viva, y lo más importante, que al formar parte del patrimonio de todos los españoles, está en vuestras y nuestras manos para ponerla en práctica.

Muchas gracias por vuestra asistencia a los actos de hoy y por vuestro compromiso con nuestra sociedad. Gracias.

Por qué es urgente transmitir la cultura

Aprender es recibir en herencia lo que nos hace sensibles a la infinita belleza de la realidad más ordinaria (p. 138).

François-Xavier Bellamy es un hombre con gran fe en los libros. Para este profesor parisino, la lectura es "el más decisivo de los viajes". También es un hombre infinitamente agradecido a sus padres y maestros, algo que, como él mismo ha escrito, "no tiene nada de superfluo o trivial". Pero su simpática actitud hacia los libros, tan en desuso, y la esperanza que transmite, como todo hombre que se reconoce en deuda sincera con otros, cobran sentido en su amor a la cultura. Los desheredados es el libro de un profesor que se lamenta de la ignorancia de sus alumnos. Él, que a través de la cultura pugna cada día por conocerse a sí mismo, nos invita a ser conscientes del valor de la herencia recibida y las consecuencias terribles de despreciarla. No en vano, el asesinato de un adolescente a manos de otro cerca de su Instituto llevó a Bellamy a darse cuenta de que la violencia era el único recurso expresivo que quedaba a los jóvenes condenados a no saber de nada.

En Los desheredados, Bellamy denuncia que la crisis de la cultura es también la crisis de Francia. En este sentido, se remonta a Descartes, Rousseau y Bourdieu para explicar que, desde el siglo XVII, la sombra de la sospecha ha ido oscureciendo la transmisión de la cultura. El sistema filosófico de Descartes ensalzó al hombre solo frente a la tradición y el saber heredado. El individuo solitario podía llegar más lejos. "El cartesianismo inaugura la era de la tabula rasa" (p.

38). Rousseau también criticó la transmisión con la idea del niño salvaje que se conserva perpetuamente niño. El filósofo del XVIII se opone a la autoridad de los maestros, defiende al hombre en su "estado natural". Bourdieu, autor del siglo XX, ha señalado el valor opresor de la cultura en la medida en que sería una forma de perpetuar la dominación de unos grupos sobre otros. En esta línea, la cultura constituiría una señal de distinción de la élite y, por supuesto, no sería ni de mejor o peor calidad, porque no puede aplicársele esta noción.

Descartes, Rousseau, Bourdieu… coinciden en criticar el saber heredado. La transmisión de las ideas de estos tres intelectuales desafectos a la transmisión, ha puesto en tela de juicio el trabajo de profesores. ¿Qué hacer entonces en la escuela, en el instituto, en la universidad…? ¿Instruir en la mera crítica? ¿'Liberar' de cualquier cultura al estudiante? Bellamy señala la paradoja de que cada vez se exige más a la escuela, al mismo tiempo que se la despoja de su finalidad propia. "El único camino mediante el cual el educador sabe servir a la humanidad de los hombres es la cultura" (p. 154).

El modelo que propone Bellamy es el de Jean Itard, el educador del famoso niño salvaje encontrado en 1797 en Francia. Itard, estudiante de Medicina, se hizo cargo del niño cuya historia había conmocionado a todo el país y había suscitado las más variadas hipótesis de la intelectualidad francesa, que había acabado por desahuciarle. Pero Jean Itard se lanzó a la aventura de educar al niño y, aunque nunca logró recuperarlo del todo, le enseñó a conocerse a sí mismo, a distinguir el mundo que le rodeaba.

Que cada uno llegue a ser lo que es, que se convierta en un ser singular y verdadero, he aquí una nobleza propiciada por la educación y la cultura. La idea defendida por Bellamy pretende ser extraordinariamente fecunda: la cultura como vehículo para la libertad, la tradición como camino para desarrollar nuestro talento y ser nosotros mismos, el encuentro con el otro para realizarse. En esta línea, la cultura no es algo que tenemos, alguna especie de capital, sino algo por lo que somos. El hombre no "tiene" cultura, sino que es culto. El saber no se almacena en nuestros cerebros, sino que nos transforma. De ahí, por ejemplo, el agradecimiento de Bellamy a sus padres, a sus maestros e incluso a la Filosofía que había estudiado en la Escuela Normal Superior. Gracias a ello, "sabía que la cultura no encierra sino que libera; que no aliena sino que nos hace crecer" (p. 156).

La cultura, en efecto, sirve para distinguir, pero no clases sociales, sino el infinito grado de matices que presenta el mundo. "La diferencia no implica una des-

igualdad, una ocasión de despreciar al otro: al contrario, es una condición para maravillarse" (p. 136). Pero Bellamy escribió su libro en 2014. Desde entonces, su país se vio sacudido por una serie de atentados terroristas que le dieron la razón. Los jóvenes islamistas de 2015 habían estado sentados antes en los pupitres franceses, el grito de alarma dado por este profesor de Filosofía y Literatura no era exagerado. "Al privar a nuestros niños de la cultura que hemos recibido, no solo les quitamos, sobre todo, la mediación esencial por la que hemos podido descubrirnos, reconocernos, construirnos. Les quitamos la oportunidad de ser ellos mismos, de ser libres, de ser, a la vez, auténticamente singulares y profundamente humanos. La ingratitud adolescente hacia nuestra propia herencia nos encierra en una espiral de depresión, destrucción y violencia" (p. 159).

C.V.L.

***

François-Xavier Bellamy (París, 1985) es profesor de Filosofía y Literatura en un colegio de su ciudad natal. Su libro Los desheredados publicado en 2014, le ha convertido en un referente de la defensa de la cultura en Francia. El libro ha sido editado en español por la editorial Encuentro (Madrid, 2018). Bellamy es organizador del multitudinario ciclo de conferencias de filosofía "Les Soirées de la Philo". Ha sido asesor de los Ministerios de Cultura y Educación de Francia, y en 2008 fue elegido vicealcalde de Versalles.

In memoriam - Juan Luis Aldaya

Sirva este escrito como un recuerdo muy especial al amigo y compañero carlista Juan Luis Aldaya Lizarraga, fallecido el 14 de Octubre de 2018. Una persona inestimable por su enorme sensibilidad y valía, que nos tenía acostumbrados a verle trabajar sin descanso por su familia, así como carlista y como voz viva siempre dispuesta a alegrarnos el corazón participando de su arte como miembro del Coro de Voces Graves de Pamplona.

Juan Luis Aldaya Lizarraga, Caballero de la Vera Cruz. Durante muchos años desempeñó la tarea de Secretario General del Nafarroako Karlista Alderdia,-Partido Carlista de Navarra.

En una ceremonia entrañable y familiar, José Lázaro hizo entrega a la familia de Juan Luis de la Cruz de la Legitimidad Proscripta a título póstumo, otorgada el día 4 de noviembre por Don Carlos Javier de Borbón-Parma, en el transcurso de los actos carlistas organizados en Madrid por la Asociación 16 de abril con motivo del Día de la Dinastía Legítima.

Querido amigo, descansa en Paz.

Juan Luis en el Coro de Voces Graves de Pamplona (Iruñeko Ahots Baxuen Abesbatza) segunda fila segundo por la derecha.